

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE FILOSOFÍA

EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO

ESTUDIANTE: *MIGUEL ANGEL FLÓREZ ALVAREZ*  
*RICARDO ANTONIO VELASQUEZ MARRUGO*

TÍTULO: *“Anotaciones al Problema de la Culpa”.*

***CALIFICACIÓN***

***APROBADO***

**JOHN FREDDY LENYS CASTAÑO**

*Asesor*

  
**GIOVANNI JOSE MAFIOL DE LA OSSA**

*Jurado*

Cartagena, Diciembre 14 de 2007

ANOTACIONES AL PROBLEMA DE LA CULPA

POR:

RICARDO ANTONIO VELÁSQUEZ MARRUGO  
MIGUEL ANGEL FLOREZ ALVAREZ

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE FILOSOFÍA  
CARTAGENA

2007.

T  
152.4  
V434

3

ANOTACIONES AL PROBLEMA DE LA CULPA

POR:

RICARDO ANTONIO VELÁSQUEZ MARRUGO  
MIGUEL ANGEL FLOREZ ALVAREZ

Trabajo de grado presentado como requisito parcial  
para optar el título de profesional en filosofía.

Asesor

GIOVANNI MAFIOL DE LA OSSA

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE FILOSOFÍA  
CARTAGENA

2007.

4

Kafka, Franz - crítica e interpretación  
psicoanalisis  
culpa - psicoanalisis  
AGRADECIMIENTOS

A Dios, por ser el amigo infaltable.

A mis padres, por su apoyo incondicional en los buenos y malos momentos.

A la Doctora Liliana Buelvas Pulido, porque este título también le pertenece.

A mi compañero y amigo Wilmer Martínez, por su compromiso y amor aportado a la causa.

A todas aquellas personas "amigos y familiares" que de una u otra forma hicieron posible este trabajo, una vez mas mil gracias.

*Ricardo Velásquez Marrugo*

**AGRADECIMIENTOS**

A Dios, por ser el amigo infaltable.

A mis padres por su apoyo incondicional en los buenos y malos momentos.

A Milena Amceron por su colaboración y apoyo.

A todas aquellas personas "amigos y familiares" que de una u otra forma hicieron posible este trabajo, una vez mas mil gracias.

*Miguel Angel Flores Alvarez*

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
CENTRO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN  
FORMA DE ALQUILACIÓN

Compra \_\_\_\_\_ Donación  Canje \_\_\_\_\_ U. de C. \_\_\_\_\_  
 Precio \$ 10.000 Proveedor: J. DE C  
 No. de Acceso 112102 No. de ej. \_\_\_\_\_  
 Fecha de ingreso: DD 01 MM 02 AA 08

6

**CONTENIDO**

INTRODUCCIÓN ..... 1

1. INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA DE LA CULPA..... 4

1.1. LA CULPA INCONSCIENTE..... 4

1.2. PROCEDENCIA DEL TEMA DE LA CULPA EN KAFKA..... 10

2. CULPA Y RENUNCIA..... 13

2.1. ORÍGENES DE LA CULPA SEGÚN NIETZCHE..... 13

2.2. DEUDA Y RENUNCIA..... 21

2.3. EL SER CULPABLE COMO CONDICIÓN DEL SER LIBRE..... 28

3. CULPA E IMPOTENCIA..... 36

3.1. LAS DIVISIONES DEL YO..... 36

3.2. SOBRE LA IMPOTENCIA..... 43

4. LOS LÍMITES DE LA RENUNCIA..... 62

4.1. RENUNCIA Y REALIZACIÓN..... 62

4.2. "EL CAZADOR GRACCHUS" O LA CULPA POR LA RENUNCIA A LA VIDA..... 68

5. LA RELACIÓN DE LA CULPA CON LOS IDEALES DEL YO... 73

5.1. SOBRE LOS IDEALES INALCANZABLES..... 73

5.2. LA CULPA DE JOSEF K. O LOS IDEALES FALSAMENTE REALIZADOS..... 81

6. CONCLUSIONES..... 92

7. BIBLIOGRAFÍA..... 95



## INTRODUCCIÓN

Presentamos un breve seguimiento de lo que se proponen cada uno de los capítulos de esta monografía:

Empezamos pues, exponiendo en términos generales el concepto freudiano de culpa inconsciente. Igualmente, mostramos las primicias que al respecto están en el cuento de Poe "El demonio de la perversidad" y en el aparte del *Así habló Zaratustra*<sup>1</sup>, conocido por Freud, llamado "Del pálido delincuente". A continuación hacemos una introducción que nos describe la importancia que tiene para Kafka el tema de la culpa.

En el segundo capítulo exponemos dos puntos importantes para comprender el tema de la culpa: la introyección de los instintos agresivos y la deuda, los cuales tomamos del segundo tratado de *La genealogía de la moral*<sup>2</sup> de Nietzsche, luego detallamos qué dice de éstos temas Fran Kafka, para pasar a exponer algunas

---

<sup>1</sup> NIETZSCHE, Federico. *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1981.

<sup>2</sup> NIETZSCHE, Federico, *La Genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 1981

consideraciones sobre las relaciones que hay entre la culpa y la libertad.

Con el capítulo tercero entramos a estudiar en Kafka el problema de las divisiones en que se haya su Yo, las cuales ejemplifica a veces como dos espadachines que luchan a muerte. Vemos a partir de aquí un anhelo de menguar dicha división, acaso mediante "el arma necesaria" de la enfermedad: la tuberculosis. Asimismo, acentuamos el origen de esta división sufrida por Kafka en la separación de la corriente sexual de la amorosa. De esta "Degradación general de la vida erótica" -como la llama Freud- sobreviene la impotencia sexual que comentamos basándonos, en Martha Robert.

Acto seguido exponemos, ya en el cuarto capítulo, la idea de que si es necesaria la renuncia instintual para que el hombre pueda acceder a lo humano, esto no quiere decir que el hombre deba renunciar a todo. La necesidad de una renuncia adjunta a una realización es lo fundamental. Para efecto de ilustrar esto, estudiamos el caso franco y triste de un personaje que ha renunciado demasiado: el cazador Gracchus.

En el capítulo final consideramos las actitudes que pueden darse ante





los ideales y propuestas que también son el Súper-yo. En primer lugar, tenemos la actitud que suele considerar los ideales sin importancia, es decir, desvalorizados; en segundo lugar, aquella que se comporta como si ya hubieran sido totalmente realizados. A propósito, esta actitud la ejemplificamos con el personaje de *El Proceso* Josef K. Finalizamos, pues, destacando la culpa que se basa antes que en el cometido de un acto punible, en el hecho de que un hombre se crea netamente realizado.

## CAPITULO 1. INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA DE LA CULPA

### 1.1 LA CULPA INCONSCIENTE

A continuación iniciamos una serie de observaciones sobre el problema de la culpa y de las posiciones "ante la ley", que son tan constantes en obras de Franz Kafka tales como *La Condena*, *La Metamorfosis*, *El Proceso*, *En la Colonia Penitenciaria*, *El Cazador Gracchus* y fragmentos reunidos bajo el titulo "El, anotaciones del año 1920", ya bajo el de "Consideraciones sobre el pecado, el padecimiento, la esperanza y el camino verdadero". En principio se trata de aclararnos a nosotros mismos el problema, por lo que en buena parte trataremos de traer a colación los puntos de vista de investigadores de Kafka como Marthe Robert, además del aclaratorio escrito del profesor Zuleta, "*La escritura y la culpa*", que es, sobre todo la reflexión que me lleve a decidir la primacía temática de la culpa en la obra de Kafka, y por consiguiente tomaré como base de un comentario sobre las relaciones entre culpa, ley y escritura.

Pero que Kafka haya escenificado tan maravillosamente la



11

problemática de la culpa con sus matices de inconsciencia, variaciones de castigos, sufrimientos y redenciones, no implica más que nos presenta una obra donde confluyen las reflexiones sobre el sentimiento de culpabilidad (reflexiones a las que tal obra nos 'pone en disposición), y que no son sino la representación de sus propias meditaciones e intuiciones, como también un voto por teorías como la de Sigmund Freud, a quien Kafka leyó con agudeza, hasta el punto que al escribir *La Condena*, le era imposible no tener en cuenta los "recuerdos de Freud, naturalmente"<sup>3</sup>. Por tanto, en Kafka es notorio que vaya por caminos paralelos a los de Freud, no solo en lo que respecta a la culpa sino a otros problemas.

En realidad, claro está, el fenómeno ya había sido intuido antes por poetas como Edgar Allan Poe, quien en cuentos como "*El corazón delator*", "*El gato negro*" y principalmente "*El demonio de la perversidad*", muestra lo mórbido de un demonio que nos lleva a cometer los actos más transgresores, demoliendo nuestros esfuerzos por no hacerlos, es decir, sin que haya tentativa alguna que los evite, pues al contrario de lo que se creyese, en dichos actos, y en los castigos a que conllevan, se encuentra la tranquilidad y sosiego tan imposibles antes.

---

<sup>3</sup> KAFKA, Franz, "Diario" en *Obras Completas*, Barcelona, Lumen, 1973. Tomo 2, p.927

En tales trabajos ya se encuentra una fenomenología de lo que es la vida de un hombre determinada por "un sentimiento de culpa inconsciente"; ya aquí estamos sin duda en presencia de personajes que son delincuentes por sentimiento de culpa, hombres que tienen acentuada una "necesidad de castigo". Acaso, no está ya Freud y Kafka en toda la reflexión que abarca el acto de ahorcar el gato? Primero, el llamado de atención para que la filosofía tenga en cuenta un espíritu, el de la PERVERSIDAD, que es capaz de originar "una acción tonta o malvada por la simple razón de que no debía cometerse"<sup>4</sup>, Y que hace que el hombre tienda "a transgredir lo que constituye la ley por el solo hecho de serlo"<sup>5</sup>. Segundo, porque ya se presenta la fuerza del acto en el hecho de que quien lo hace "sabía que al hacerla, cometía un pecado, un pecado mortal que compromete mi alma hasta llevarla -si ello fuera posible- más allá del alcance de la infinita misericordia del Dios más misericordioso y más terrible". En tal descripción del "espíritu de la perversidad" o, mejor, "del demonio de la perversidad", se encuentra toda la etiología psicológica de" los culpables inconscientes: las obsesiones, las dudas, la institución de un sistema ordenativo con el que se aspira a reglamentar la vida, la lucidez que hace calcular minuciosamente un

---

<sup>4</sup> Poe, Cuentos I, Madrid, Alianza, 1980. p. 108  
<sup>5</sup> Ibid.



acto horrendo y punible, de tal manera que el crimen realizado no encierra más testigo que el mismo criminal. Sólo en "El gato negro" la delación queda proyectada en el animal, que entonces aparece como el responsable del descubrimiento del crimen. Sin embargo no hay tal: los crímenes son totalmente perfectos; sólo fallan en que son precisamente perfectos para que una vez descartada toda posibilidad de reconocimiento del criminal, sea éste el que borre con una impulsiva declaración, la perfección hecha con la otra mano. En el fondo, pues, se presenta una gran "necesidad de castigo", bajo la cual se convierte aceleradamente la auto-observación en una verdadera mortificación insalvable, que deja herido todo aquello a que se refiere, indiferentemente de que sea óptimo, pues todo es insuficiente para su mira absoluta. Y de hecho, a espaldas del hombre parece darse esto el hombre a pesar de su lucidez y gran inteligencia no halla manera de impedir la fuerte razón de estos impulsos repentinos, indominables, que no pueden ser asignados más que a un "demonio" por quien no importa violar una ley sino cualquier orden que el hombre decida establecer, oponiéndose, bien donde los hombres dicen que no, bien donde afirman algo -es el espíritu de la contrariedad.

A su turno, Nietzsche también estudió estos casos de culpa

inconsciente en un artículo de Zarathustra del que Freud no era ignorante: "El pálido delincuente". Allí se afirma que no sólo existe la demencia de la acción sino que "existe otra demencia aún; la de antes de la acción"<sup>6</sup>. Porque claro es por la demencia por la que se comete la acción, y no lo contrario. Esta demencia anterior es la primordial, lo demoníaco. Más cuando es bien certero Nietzsche, es cuando dice que "una cosa es el pensamiento, otra la acción y otra la imagen de la acción"<sup>7</sup>, donde el pensamiento no es más que el fuerte deseo de pasar por alto las leyes, contradecirlas, transgredirlas; la acción, su realización, y la imagen de la realización, lo que lleva al hombre a inclinar la cabeza ante "los jueces y sacrificadores". Una vez cometida la acción punible, es seguro encontrar a estos pálidos delincuentes, aplicado el castigo, vacíos de vacilaciones u obsesiones, hasta el punto que "una cárcel acaba pareciéndoles la bienaventuranza", y es posible "que duerman tranquilamente, disfrutando de su nueva seguridad"<sup>8</sup>.

Pero no es cuestión de creer que el tema de la culpa sea preocupación de los últimos dos siglos. Realmente desde "Edipo rey" está planteado, y como Freud tanto lo consideró, directamente en relación con los deseos de odio y amor con respecto a las figuras

<sup>6</sup> NIETZSCHE. Así habló... op.citp., Pp.66-68.

<sup>7</sup> Ibid.

<sup>8</sup> Ibid. p.367.

parentales. La observación del problema a la luz del "Edipo rey" es uno de los pilares del pensamiento de Freud, que ya lo trata en una carta a Fliess del 15 de octubre de 1897, en lo que es su esencia: la comprobación en el mismo "del amor por la madre y los celos contra el padre", y de que la raíz de "el hechizo del Edipo Rey" está en esto, y más aún, en la probabilidad de ser nosotros mismos Edipo. Y más adelante tenemos a propósito de *Hamlet*, la explicación del comportamiento de este con base en el "tormento que en él despierta el oscuro recuerdo de que él mismo meditó idéntico crimen contra el padre impulsado por su pasión hacia la madre"; igualmente, la descripción de la cobardía que manifiesta Hamlet ante lo que debe hacer, como efecto de la "consciencia moral" que "no es sino consciencia inconsciente de culpabilidad" con lo cual se ha entrado ya en el terreno de "la culpa subjetiva"<sup>9</sup>.

Luego el concepto se podría ver en "*Los actos obsesivos y las prácticas religiosas*", "*Análisis de una neurosis obsesiva*", "*Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica*", "*Dostoyevski y el parricidio*", los capítulos finales de "*El malestar en la cultura*"<sup>10</sup>, etc., artículos con cuyos límites intento dar con los detalles centrales del concepto de culpa en Freud, pero realmente -no hay que dudarlo

<sup>9</sup> Freud, *Obras Completas*, Madrid. Biblioteca Nueva, 1981. Tomo 3, Pp. 3582-3585).

<sup>10</sup> FREUD. Sigmund, En. *Obras completas*, op.citp. Tomo 3.

también intento tomar por el lado más directo una obra que me da mucha dificultad. Sin embargo, es presumible que con lo dicho en estos ensayos, tendré una concepción de la culpa pertinente para abordar junto con el artículo "La escritura y la culpa", a Franz Kafka.

## 1.2 LA PROCEDENCIA DEL TEMA DE LA CULPA EN KAFKA

Para Kafka algunos temas tomados como males provenientes del cristianismo (temas que con la muerte de Dios y con la alborada de una época sin precedentes habrían de terminar) son por lo menos pensables, integrables a la vida y a la búsqueda de unas relaciones más o menos indestructibles. Al fin y al cabo para Kafka lo que obstruye el camino, los obstáculos, no son las rejas, la falta de un espacio donde se desborde un sentimiento de libertad sin límites, sino "el mismo hecho de vivir"<sup>11</sup>. Incluso, es nuestra misma frente la que obstruye el camino...

Del hecho de que vivamos, de que indagemos entre el carbono y el oxígeno, nace todo aquello que se quisiera despachar y que precisamente sin la vida no tendría existencia: el sufrimiento y la felicidad, el padecimiento y la esperanza, la aspiración y la culpa, el

---

<sup>11</sup> KAFKA. Franz, "anotaciones del año 1920", en La muralla china, p.247



castigo y la redención... Y el acento sobre el malestar de la vida inclina a Kafka a decir incluso que él "niega el sol señalando la aflicción"<sup>12</sup>. Que la aflicción opaque el sol no implica sino que el calor de la vida viene más del sufrimiento, del pensar, como que cuando va a nacer "el hijo de un amigo", él, Kafka, "ya ha sufrido antes por ello como pensador"<sup>13</sup>. No obstante, al pensar, la ausencia del alivio se reconforta con los frutos, con la cálida oleada que hay en la entraña de una obra. De ahí que no se trate de un culto al sufrimiento; sí, de la toma de consciencia del pago que debe hacerse para vivir entre los hombres.

Considerando esta especie de sueldo ilimitado que exige la humanidad, Kafka no trata de negar la culpa o de valorarla negativamente; antes, concibe en ella al sueldo mismo. Para él, ser inocente es imposible. En este sentido, el juez afirma En la colonia Penitenciaria: "la culpa es siempre indudable"<sup>14</sup>. Pero, qué pasa con la culpa cuando cualquier acusación, así parezca infundada, nos doblega? ¿No existe? No; circula inconsciente. Por tanto, el drama no es si se es o no culpable; de entrada se es: "el pecado original, la vieja culpa del hombre consiste en el reproche que formula y en que reincide, de haber sido él la víctima de la culpa y del pecado

---

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> KAFKA, Franz. La condena, Madrid, Alianza, 1980. p. 120

original"<sup>15</sup>. Se es pues culpable, en principio, no en base a la "vieja culpa", sino por someternos a ella como objetos en los que se ciega encarnizadamente. De ahí que se dificulte la absolución: al pasar por víctimas, desvirtuamos de nuestro caso la responsabilidad, el ser sujetos de la culpa heredada, perdiendo desgraciadamente el control del proceso de nuestra vida. Y, en efecto, por no asirnos activamente a esta vieja culpa -como un perro a su hueso-, por haberle querido restar la culpabilidad surgida de nuestra decisión, por obliterar lo que corresponde a cada cual, y adjudicarlo todo a la sevicia de nacer entre los hombres, por todo esto, es por lo que somos culpables. En rigor, pues, si no es posible ser inocentes, el único camino, por el momento, para nuestra actual inocencia es nuestra continua y antigua culpabilidad. No hay salida, o acaso, esta sea la marca de la monstruosa máquina de la colonia penitenciaria...

---

<sup>15</sup> Ibid., p.249

## CAPITULO 2. CULPA Y RENUNCIA

### 2.1. ORÍGENES DE LA CULPA SEGÚN NIETZSCHE

No podemos, pues, hablar ante la culpa simplemente de un sentimiento triste, ni como piensa Nietzsche (sólo por momentos, en verdad), de una cosa fea: la "fea planta"<sup>16</sup> o el fenómeno "feo y doloroso"<sup>17</sup>, que corresponde al "siniestro y tal vez y indisociable engranaje de las ideas 'culpa y sufrimiento'"<sup>18</sup>. Pero, en verdad, ¿qué plantea al respecto Nietzsche? Teniendo como base el aparte segundo del libro antes citado, la pregunta por la culpa empieza indagando ante "la capacidad de olvido" del animal humano, ¿cómo es posible "criar un animal que le sea lícito hacer promesas"? Tal pregunta, bañito de agua fría, se sustenta, por un lado, en el hecho de que con el olvido solemos escudarnos ante la complejidad del mundo, para que no nos perturbe su bullicio y batahola, para que podamos vivir con felicidad y jovialidad, hinchas de esperanza y orgullo, circunscritos en el reino del presente, y por ahí derecho en el de lo que se presenta con absoluta novedad, de lo que aparece como venido de un pase mágico.

---

<sup>16</sup> NIETZSCHE, La genealogía... op.citp. , p.99

<sup>17</sup> Ibid.

<sup>18</sup> Ibid. p.74

Por otro lado, ante el hecho de que este animal no puede vivir independiente de lo que fue y de lo que será, tiene que presentarse en relación a la "palabra empeñada una vez"<sup>19</sup>, es decir, la promesa, ante este hecho, se le ha "criado en sí mismo una facultad opuesta al olvido, una memoria con cuya ayuda la capacidad de olvido queda en suspenso en algunos casos..."<sup>20</sup>. Es así como el hombre puede "seguir queriendo lo querido una vez"<sup>21</sup>, planteando lo que vendrá como presente, como dependiente de él, cosa de que pueda "responder de sí' como futuro"<sup>22</sup>. Entonces, estará instalado en la continuidad, en la red de la causalidad; del recuerdo no advendrá la jovialidad del olvido -el orgullo se replegará-; todo lo que será de hecho estará presente; el hombre se tornará calculado, regulado, ser que podrá dar cuenta de su "yo quiero", de su "yo haré" y hasta de su "yo hice".

En suma, el hombre se ha hecho responsable: tiene que "responder de sí"<sup>23</sup>, se ha forjado una inconsciencia. Y de este hecho sin antecedentes, única forma por la cual dicho anima} ha podido estabilizar la relación social, estableciendo por tanto una relación

---

<sup>19</sup> Ibíd. p.66  
<sup>20</sup> Ibíd.  
<sup>21</sup> Ibíd.  
<sup>22</sup> Ibíd., p.67  
<sup>23</sup> Ibíd, p.67

consigo mismo, un ser ha accedido al tiempo y a la muerte, ya que prometer es poder llegar a responder por lo propuesto: estar comprometido con la vida, inevitablemente.

Y pasando a la posibilidad de esa memoria, ¿bajo qué condición el hombre recuerda, puede mantener lo dicho por sobre su olvidabilidad? Pues, mediante el dolor: "sólo lo que no cesa de doler permanece en la memoria"<sup>24</sup>. Bajo esta merced, Nietzsche infiere la variedad de sistemas de crueldades y sacrificios -la religión, por supuesto- que han existido y sobrevivirán, para que algo permanezca fijo, invencible y fundamental, para que no nos esfumemos en el olvido definitivo, que sería la muerte de la cultura. Por tanto, mantenernos, poder responder por nosotros mismos cuando así se requiera, es solamente viable -mediante el dolor, del cual las penas son su expresión. Por lo demás, la pena sencillamente -la pena que es a priori a lo cometido y no la que es castigo de lo hecho-, refuerza el recuerdo de lo que es necesario para "vivir entre las ventajas de la sociedad"<sup>25</sup>. Pero ¿que es lo que más se debe tener remarcado con esta memoria? Pues "cinco o seis 'no quiero'", renunciadas sin las cuales nuestro ingreso a lo social nos estaría vedado. Acorde, Nietzsche plantea elementos que son un vivo voto por lo que para

---

<sup>24</sup> Ibid. p.69

<sup>25</sup> Ibid. p.71

Freud. es "el malestar en la cultura" los cinco o seis 'No quiero', que se radicalizan en 'no quiero a mamá; tampoco a papá muerto', "no quiero -no debo-matar a otro", etc., No obstante, y precisamente es el problema central, el animal del que tratamos si quiere, y de la renuncia a ese querer viene todo su drama: bien por los esfuerzos para renunciar, bien porque ante una consciencia internalizada, autoritaria y poco flexible, muy exigente, cualquier querer es de suyo objeto de las más crudas penas y castigos, bien porque renunciar es el foco originario de la culpabilidad.

Por lo visto, es tanto el acercamiento a un Freud, que es viable ver cómo el parágrafo 16 de "*La Genealogía de la moral*" sería una de sus fuentes. En tal numeral se plantea que cuando el hombre admitió -y le resultó- su ser en sociedad, entre los otros, "sus instintos quedaron desvalorizados y en 'suspense'"<sup>26</sup> es decir, no inactivos. Por el contrario, reclamaban "sus exigencias": "todos los instintos que no se desahogan hacia afuera SE VUELVEN HACIA DENTRO -esto es lo que yo llamo la INTERIORIZACIÓN del hombre"<sup>27</sup>. Los instintos pues se volvieron "contra el hombre mismo. La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en la agresión, en el cambio, en la destrucción -todo esto vuelto contra el poseedor de tales instintos:

---

<sup>26</sup> *Ibíd.* 96

<sup>27</sup> *Ibíd.*

ése es el origen de la 'mala consciencia'<sup>28</sup>. Luego, he aquí uno de los orígenes de la culpa: todo instinto de orden agresivo al ser sojuzgado, se revierte en un intento de realizarse contra el yo. Dicho origen, a los ojos del psicoanálisis, es la explicación primordial de la culpabilidad, no obstante, el otro que señala Nietzsche no es menos válido -incluso a los ojos de Freud... se trata de la idea nietzscheana de que no es gratuito que culpa en alemán (Schuld) signifique igualmente deuda. Si un deudor fallaba a su acreedor, el primero obtenía de la deuda del segundo un peder para cobrarle no solamente la deuda, sino todo lo que sus instintos quisieren entonces. Nietzsche lo explica así: si un deudor falta a su "promesa de restitución"<sup>29</sup>, el acreedor no se cobra lo que se le debe, y en su lugar busca una compensación por la injuria sufrida, como si lo más grave en el deudor al faltar a su palabra, fuera que, al haber dejado de renunciar al instinto agresivo-egoísta, olvidando algo que tenía que tener por siempre presente -como queriendo licitar el olvido- hubiese hallado placer, y antecedido este placer a su deber y cumplimiento. Entonces, ¿cuál es la compensación? Desde luego, el serle igualmente posible -permitido por la ley- encontrar el placer derivado de un acto cruel sobre el otro, convertir a su deudor en objeto de sus instintos destructivos-agresivos (vale decir, perseguirlo, ofenderlo, escupirle,

---

<sup>28</sup> Ibid.

<sup>29</sup> Ibid. p.73

golpearle, encerrarle, y hasta cortarle una parte de su cuerpo si así le desease), encontrando, ahora, bajo pretexto de la búsqueda de la compensación y el equilibrio, el permiso legal, el espacio lícito "para despreciar y maltratar a un ser como a un inferior..."<sup>30</sup>. De ahí que se afirme que habría 'aparecido la deuda y la culpa (deuda que lleva en sí misma anexo el castigo, de manera tal que el castigo se hace efectivo en las entrañas del hombre como pena, angustia y desasosiego), como un siniestro mecanismo para que el hombre termine estableciendo un "derecho de la crueldad" que deja estas palabras en boca del cobrador: "si tu no pagaste esto, no es sino para producirte placer conmigo, por lo que yo ahora quedo en mi derecho 'de producirte el dolor que mi sadismo mande". No en balde, dice Nietzsche, hay tanta festividad detrás de la pena.

Ahora bien, siguiendo el origen de la culpa en esta doble determinación, tenemos que la primera la explica por la introyección de la agresión que estaba destinada para los otros, mientras la segunda la deriva de la falta cometida a un contrato donde se prometían a los otros una serie de cumplimientos, es decir, de una deuda que se interioriza, y que subsiste como única manera de que el hombre tenga en suspenso su derecho, en la medida en que da pie al de los otros. Pues 'bien, a partir de esto Nietzsche se pregunta si en

---

<sup>30</sup> *Ibíd.* p.74



verdad han resultado ventajosos para el hombre los castigos y las penas, si han cambiado a los inculpados, porque, caso contrario, se podría llegar a la conclusión de que poco a poco se ha comprendido que las penas no mejoran a los hombres (aunque sí ayudan a hacerlos más tontos), 'y que para lo único que sirven es para que el instinto de un hombre, bajo el pretexto de la justicia, arroje sobre los otros la crueldad de la cual él mismo no puede dominar ni hacerse responsable'. Básicamente, yendo contra el sufrimiento sin destino, Nietzsche reclama de manera tenaz que haya sentido en éste, y por ende, que mucho se pierde cuando se vive el sufrimiento con el pensamiento de que "algo ha salido inesperadamente mal aquí, y no: yo no debería haber hecho esto"<sup>31</sup>. Con lo cual se hace referencia a no reducir lo que hace el hombre a los mecanismos de incriminación y sanción, o a buscar modalidades más espantosas (y por supuesto, sólo en apariencia más efectivas) de castigo; al contrario, la referencia recae en cómo la mala consciencia se torna más liberadora, es decir, permitiéndole al hombre hacerse consciente de lo que él quiso, de cómo lo realizado dependía de sus propósitos. Propugna Nietzsche porque se fuera expresamente culpable, antes que por la mera aplicación del castigo, por el grado de rendición ante la culpa inobjetable que correspondiese a lo realizado; que el castigo se convirtiera en una ventaja que permita un proceso donde, a pesar

---

<sup>31</sup> *Ibid.* p.94

de la falta de inocencia el hombre incluya en su consciencia la magnitud de lo hecho, mida el valor de su exceso o su falta y se comprometa con las consecuencias de lo que no debió hacer. En el fondo, se reclama que la culpa se haga consciente, que se mida la relación entre lo que se quiso y lo que no se debió hacer, para así encontrar el sentido de lo que se quiere junto a la estrechez de lo que no se debe hacer. Entonces, es de esperar que el condenado arranque de la pena una nueva vida o, fatalmente, le conceda la muerte a su siniestro mecanismo. ¡Que el hombre se haga responsable, en suma! De ahí que creo que detrás de su severidad, Nietzsche mostraba unas nuevas condiciones de derecho, ante una nueva explicación de la culpabilidad, para la posibilidad del camino de la redención, en lo cual confluye Kafka, para quien reconocer la culpa propinada por el sello de lo personal, era encontrar una salida, un camino que a fuerza de exponer sus obstáculos se hace esperanzador.



## 2.2 DEUDA Y RENUNCIA EN KAFKA

Por su parte, tampoco Kafka va a dudar en presentar las problemáticas de la deuda y de la renuncia como los pilares que sostienen la culpabilidad, sea del mismo, sea de sus personajes.

¿No está esto patente en la deuda de Gregorio Samsa? Lo que le debe al almacén le permite incluso al principal ir a la casa a averiguar por qué Gregorio no ha ido a trabajar; casi que "tiene todo el poder para observar en la propia cama al joven. Sin embargo, Kafka mezcla los temas: aceptar una deuda es colocarse ante el otro como su inferior, como quien pierde todo su derecho sobre lo elemental, desde lo cual se nota que hay quien se colocará de buena gana en manos del derecho de la crueldad. De ahí que ya no se saquen ventajas instintivas ante el superior cuando no se cumple un pago, sino del hecho de que éste aniquile a su dependiente. ¿y por qué esto? Rasamente, por la existencia de instintos tan intensos, que exigen una renuncia continua, de manera tal que el renunciador se convierte en el objetivo de los instintos agresivos que han sido sojuzgados.

Así mismo, la deuda de Gregorio tiene el detalle de ser heredada,

que es una manera de presentarla como originaria: con ella vino al mundo. No en balde cuando decide mandarla al carajo, abandonando el trabajo que implicaba su pago, pierde su estado vertebral, y aunque ahora puede movilizarse por las paredes y el techo, ya no le es posible moverse entre los hombres. Recluido entre los restos y chécheres de la casa, a la guardia de lo único en que realmente ha realizado un trabajo personal, el marco, Gregario, finalmente, se encuentra por fuera de toda deuda, pero en un estado igual (o peor). que cuando trabajaba por ella... Pero no caigamos en una trampa; de seguir trabajando, tampoco se hubiera salvado mucho su situación; vale decir, seguirían los impedimentos para hacer un trabajo en que se expresase -la carpintería- y las mismas relaciones humanas, poco cordiales, en las "que el corazón nunca puede tener parte"<sup>32</sup>. Sin embargo, ¿quiere esto decir que le tocaba escoger entre entregarse a una deuda que ni siquiera era su responsabilidad o replegarse hasta retirar todo interés por el mundo, pues éste no permitía la toma de partido de su corazón? No; aunque sabemos el rumbo que tomó, le tocaba definir como mínimo -¡qué mínimo!- las relaciones con sus padres, con su familia, mejor dicho. Porque ¿qué podía extraer de haber asumido la deuda de su padre en retiro más que la satisfacción del deber familiar? No obstante, no podía evitar que en cierta forma él hubiera finiquitado el retiro del padre, al

---

<sup>32</sup> KAFKA, Franz, *La Metamorfosis*, Buenos Aires, Losada, 1970. p.16

asumir sus responsabilidades. Así, detrás de esa deuda se ocultaba lo que en efecto debía; lo que era su exclusiva responsabilidad, estaba escamoteado. De ahí que finalmente salga heredando las condiciones del padre vencido, es decir, la imposibilidad de ser en realidad como el padre, y por ahí derecho lo que este ser implica hacer: trabajar, cumplir, construir, amar, etc. Tampoco el trabajo le permitía una vida muy productiva, pero de esa unidad Trabajo-realización-ser como el padre-pagar las deudas; la realización quedó condenada. Pero, el lío de ser como el padre consiste en que no se resuelve más que bajo el fantasma del asesinato del padre, por lo que todo queda impedido; ser es matar al padre ("¿y acaso mientras yo ,me impongo, no flaquea y se agacha?", parece meditarse entonces). A continuación la formulación cambia: que el padre sobreviva es posible si todo mi instinto asesino hace que yo no sea; de tal manera que Gregario se va' extinguiendo, mientras el padre va recobrando su estado coman y corriente, desentendiéndose de su vejez, volviendo a levantar la mano, fatigado, pero con la fuerza suficiente para arrojar una manzana como una bala; reasumiendo su trabajo y, por ende, la deuda. Y es precisamente a este respecto que, creo, Gregorio falla: no asumió la deuda real, no la del dinero: la deuda que se tiene con los padres, y sin cuyo reconocimiento no nos es posible liberarnos de ellos.

No podemos, o no arriesgamos, hacer un análisis más detallado de esta obra; mejor dicho, no entendemos y, sin embargo, nuestro propósito es resaltar como, para Kafka, una deuda esconde y manifiesta la culpabilidad, y cómo la deuda es un problema que va más allá de la palabra empeñada en un contrato. La culpa" la deuda, la renuncia son todo lo que resulta de que el hombre quiera hacerse una salida del mundo de los padres, en busca de las condiciones que permitan un mundo por hacer, con la referencia absoluta de la salida misma: la culpa, el sello del imposible perdón para la hostilidad dirigida hacia los padres -y como dice Nietzsche, interiorizada por el hombre contra si mismo-; la deuda, una manera de establecer durante una buena época (hay quien requerirla: "ojala toda la vida!") una fidelidad sumisa, más o menos tierna en la entrega, que intenta restablecer el amor hacia 105 padres por sobre la hostilidad; la renuncia, puerta estrecha y fugaz para poder tornar forma en lo humano, pero, también, trabajo de siempre, interminable, porque, repitiendo a Nietzsche, aquello a que se ha renunciado sigue exigiendo, aunque sea subterráneamente, y 5610 a costa de encontrar un mínimo de satisfacción con nosotros mismos. Por tanto, como no hay salida sin renuncia, y no hay renuncia definitiva, no deja de haber culpa que exprese el fracaso de la renuncia, y tal vez la

única manera de que pueda mantenerse tal renuncia.

Sobre este tema Kafka tiene mucho que decirnos. Verbigracia: no se prohíbe devorar los desperdicios de la mesa; así se logra una mayor satisfacción' que los demás, empero, asimismo, se corre el peligro de olvidar "comer sentado a la mesa"<sup>33</sup>. Además ¿no es acaso parte del "Informe para una academia" del artista del Music-Halls, Peter el rojo? ¿Acaso no fue a dieta de renunciaciones que le fue posible el paso de la vida simiesca a la humana? No por fregar tuvo que luchar contra su obstinación:

De haberme aferrado obstinadamente a mis orígenes, a mis recuerdos de juventud, me hubiera sido imposible cumplir lo que he cumplido. La disciplina suprema que me impulse consistió justamente en negarme a mí mismo toda obstinación. Yo, mono libre, acepté ese yugo...<sup>34</sup>

Recordemos que una vez capturado despertó "en una jaula colocada en el entrepuente del barco de Hagenbeck"<sup>35</sup>. Ahí por primera vez, después de haber "tenido tantas salidas", se "encontraba sin salida", lo que lo llevó a plantearse que para poder seguir viviendo "tenía que procurarse una salida". Empero, esa salida no era la libertad: "intencionadamente no digo libertad. No hablo de esa gran sensación

<sup>33</sup> KAFKA, Franz, Consideraciones sobre el pecado en: La muralla... op.citp., p.93

<sup>34</sup> Informe para una academia, en: La muralla... op.citp.

p.100

<sup>35</sup> Ibid. p.102

hacia todos los ámbitos"<sup>36</sup> y es que, entre paréntesis, ante la libertad Kafka oscila, ya con sospecha, ya con anhelo, como si en el fondo estuviera bastante perdida, no obstante seguir siendo un bien: "La libertad. Ciertamente, la libertad tal como hoy es posible es un arbusto raquítico. Pero de todos modos libertad, de todos modos un bien..."<sup>37</sup> En consecuencia, para Peter el rojo no se trataba de hacerse a cualquier salida. Ante todo, "la salida no la hallaría en la fuga..."<sup>38</sup>. Indudablemente que a un simio no le era imposible romper las rejas, pero ¿qué le hubiera esperado? Puros "actos suicidas"; sea porque habría podido ser recapturado y colocado en condiciones peores, sea porque habría podido tirarse en los brazos de las "serpientes gigantes"<sup>39</sup>, y morir destripado, sea porque podría tirarse al océano aunque sólo para morir ahogado. En suma, no era -como se acostumbra mucho entre los hombres un engañarse con la libertad lo que él pretendía, la cual como simio era la expresión más honda de la simiedad; Peter el rojo, sin duda, habría "podido retornar libremente, al comienzo, por la puerta total que el cielo forma sobre la tierra"<sup>40</sup>. Sin embargo, tal puerta se fue estrechando "a medida que mi evolución se activaba como a latigazos; más recluso, mejor me

---

<sup>36</sup> *Ibíd.* p. 103

<sup>37</sup> Investigaciones de un perro, en: *La muralla...* op.citp. p.245

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p.105

<sup>39</sup> *Ibíd.*

<sup>40</sup> *Ibíd.* p.100



sentía en el mundo de los hombres..."<sup>41</sup>. Siempre, pues, había que tener cuidado con la libertad, y en el lugar de esta, actuar "como si hubiese razonado", condición que Kafka ve primordial para lograr espacio en el mundo, vale decir, "tener idea de lo que es la libertad", para poder así sentirse menos preso. La salida, entonces, que permitiría a Peter "escurrirse entre los matorrales", consistía en tener una idea de la libertad; "salida humana" que, derivada de la razón, se iniciaba mediante la imitación limitando, Peter, por ejemplo, el hecho de escupir al otro a la cara, hasta comprender que no había que lamerse la que había sido escupida en su mejilla; imitando, el chupeteo de la pipa hasta notar "la diferencia entre una pipa cargada y la vacía". Imitando, pues, todo lo que su modelo le procuraba, y así pasar a vivir la sanción del aprendizaje... ¡Aprender, así le tocara luchar contra la simiedad, contra la repugnancia que le causa a un simio la cultura; aprender, verbigracia, a beber el contenido amargo de una botella de caña, a pesar del asco que le causaba su olor, "a pesar de su buena voluntad" -y con ese aprendizaje, en efecto, vino pronto el de la palabra y el del saludo. Había aprendido, porque "se aprende cuando se trata de encontrar una salida"<sup>42</sup>, pero solamente con la violencia de las "luchas interiores", llevando "la peor parte" de la lucha que él y el marinero-padre realizaban "contra la índole

---

<sup>41</sup> *Ibíd.*

<sup>42</sup> *Ibíd.* p.108

simiesca", y comprendiendo que finalmente "se aprende sin piedad", cuando se quiere encontrar un camino independiente, aunque tal independencia lleva la marca de la vigilancia que uno se hace a sí mismo. 'Entonces,' "se vigila uno a si mismo con el látigo, lacerándose a la menor resistencia". Ahora el látigo era el mismo. Pero, ¿qué había sido de su libertad?

¿No había esperanza para ella? ¿Pertener al grupo, lo había limitado tanto? ¿Quizás sólo quedaba el consuelo de los ojos tristes de la "pequeña semiamestrada chimpancé, con quién, a la manera simiesca", lo pasa muy bien?

### 2.3 EL SER CULPABLE COMO CONDICIÓN DEL SER LIBRE

¿Qué idea tienes de la libertad para que seas libre?, parece que nos preguntara Kafka, y sólo porque la estrechez de nuestros orígenes se basa en que si a algo nos está limitado apelar, es a nuestro libre albedrío: si no se acepta el modelo, el lenguaje, realmente no podremos ser libres, en el sentido de poder crear las condiciones para escoger el music-halls, y no el jardín zoológico. Aceptar la dependencia, el guía, es la gran limitación de cuyo muro podemos



entonces hacer una puerta parcial... ¡Que la jaula no venga a uno, y, en cambio, sea uno el que elija ir a ella o no! De todas maneras, no hay que olvidar que los barrotes de la jaula de la humanidad están separados por metros de distancia. Y aunque se trate de no elegir la libertad, sigue presente una ambigüedad en esta "salida humana". Por lo pronto, dicha ambigüedad, creo, que está presentada en las meditaciones que K, en El Castillo hace ante la carta entregada por Barnabás, que reza de la siguiente manera:

"Muy estimado señor: está usted, como ya lo sabe, aceptado para el servicio señorial. Su superior inmediato es el alcalde de la aldea, el cual le informará también de todo lo concerniente a su trabajo y condiciones de salario, y al cual deberá usted, a su vez, rendir cuentas. Sin embargo, yo tampoco le perderé de vista. Barnabás, el portador de esta, irá de tiempo en tiempo a preguntarle sus deseos, y los comunicará. Me hallará usted siempre dispuesto a complacerlo, en la medida en que esto sea posible, pues me interesa que mis obreros estén siempre contentos"<sup>43</sup>.

En esta carta K descubre que, por un lado, hay "pasajes en que se le hablaba como a un hombre libre y cuyo albedrío se reconocía"<sup>44</sup>, de tal forma que se le reconoce como señor "muy estimado", y se le da al mensajero Barnabás para que exprese sus deseos a los señores del castillo. De entrada, pues, él, también, por fortuna, es un señor al cual la dirección le atenderá sus deseos. Sin embargo, por otro lado, "también hay pasajes donde se le trataba, ya abiertamente, ya

<sup>43</sup> KAFKA, Franz, El Castillo, Madrid, Alianza, 1980. Pp.31-32.

<sup>44</sup> Ibíd.

embozadamente, como a un pequeño obrero, apenas perceptible desde la sede de aquel jefe..."<sup>45</sup>, como si la aceptación que tanto reclamaba no fuera tan llena de obstáculos como imaginaba, y sí una cuestión bastante rutinaria. Empero, ¿en qué se temía que se menoscabara su libertad? ¿En el hecho de que no se le iba' a perder de vista? En realidad, la carta trata lo anterior en vía de expresar que le tendrán en cuenta sus exigencias; sin embargo, se ve en ello la sombra de una vigilancia que, a pesar de la distancia de dicho jefe, puede enterarse de manera exagerada de sus cosas. El problema se concentra en ser considerado "como un pequeño obrero"<sup>46</sup>, y que de tal valoración da por sentado la pérdida de su "libertad"; pero se esfuma tan obsesiva concentración -o reducción-, porque a la vez la carta dispara muchas posibilidades para que ponga en ejecución la libertad, dándole a entender que, en el fondo, mucho depende de él mismo y menos de la relación directa con los señores. Oportuno es traer a colación lo que Nietzsche dijo al respecto: "Se ha considerado libre a los hombres para poder juzgarlos y castigarlos", De semejante aseveración se infiere que, en cuanto que son libres los hombres depende demasiado de ellos, y que las consecuencias de sus actos tienen que ser en última instancia adjudicadas a sus voluntades. Síguese, entonces, que teme más estar demasiado libre que la

---

<sup>45</sup> *Ibíd.* p.33

<sup>46</sup> *Ibíd.*

susodicha perdida de la libertad; teme que entre más obrerito se le considere, mas insignificante, se haga invisible a los ojos de los señores y, en consecuencia, su establecimiento en el Castillo depende de su expresa responsabilidad. De ahí que se proponga resaltar entre los aldeanos, y no como simple forastero, y así como algo mas que un obrerito, como el que se roba las mujeres de los altos mandos, con lo cual muestra mas que el amor por la muchacha, la intención de verse ligado a 'los señores, dependiendo del destino que señalen sus mandos y designios. Es 'cuando, queriendo lustrar el mencionado destino, va a abrigar sospechas del alcalde, pues rendirle cuentas a un superior de ese calibre es impedir el rendimiento esperado de tal acto. Claro que, en tal caso, tendría que recurrir a él mismo (pero queda la condena de la familia de Barnabás). No podía, pues, seguir dudando: "se le ofrecía abiertamente una elección" esto es escoger entre ser el obrero con las condiciones estipuladas, o ser "sólo en apariencia" un obrero aldeano, debido a que "en realidad, determinaban todas sus condiciones de trabajo por las noticias de Barnabás..."<sup>47</sup> Ser el obrero exacto según los requerimientos del condado, o un obrero aparente a fuerza de sus requerimientos personales, y no un obrero definido entre lo, exigido y lo propuesto por sus deseos, De resto, era inevitable ser obrero y obtener de dicha forma "una ligazón con el

---

<sup>47</sup> Ibid.

castillo"; igualmente, ser como los demás, ganarse su confianza, para llegar a situarse frente a la liberación de "todos los conductos que, si dependieran únicamente de los señores de allá arriba, y de su merced, quedarían por siempre, no sólo cerrados, sino hasta invisibles"<sup>48</sup>. Luego, no dependía todo exclusivamente de los señores, lo cual desdibujaba el camino, sino, sencillamente, de su elección, y con toda "la terrible gravedad que ello implicaba", ya que "no tendría así ninguna mira, ningún escape por otro lado"<sup>49</sup>. Por supuesto que el camino se cerraba, pero al mismo tiempo se abría por medio de este camino la posibilidad inherente a su aceptación. Y ante la coacción que emergía entonces de "la violencia del ambiente"<sup>50</sup>, de la resignación, de lo imperceptible, no quedaba menos que "animarse a entablar la lucha con este peligro"<sup>51</sup>, vale decir, los' desengaños, lo circundante, lo que pulula en la entraña de lo que no se ve. Dicho esto, la narración llega a su punto culminante: al final, "en caso de llegar a contiendas, era K. quien habría tenido la audacia de comenzar..."<sup>52</sup>. Así, el era libre para empezar algo que bajo su expresa voluntad le traería no pocos problemas y angustias; libre no precisamente para rendir un goce inaudito ni una alta posición, sino

---

<sup>48</sup> *Ibid.* p.34

<sup>49</sup> *Ibid.*

<sup>50</sup> *Ibid.*

<sup>51</sup> *Ibid.*

<sup>52</sup> *Ibid.*

para, en aras de su libre albedrío, rendirse quizás ante algo más apremiante y sojuzgante.

Es de pensar, ¿como hizo K. para calcular hasta donde lo llevar "la audacia de comenzar" la contienda, si se tiene presente que la carta no lo dice llanamente, sino con "una delicadeza" propia de una nota diplomática? Con firmeza, "sólo una consciencia intranquila - intranquila y no mala podía notarlo; eran las cuatro palabras 'como ya lo sabe' respecto a su aceptación para el servicio"<sup>53</sup>. Las cuatro palabras aparecen como un formalismo que, en principio, quieren ayudar a tranquilizar al señor K. con respecto a su aceptación, casi que en un sentido bastante consecuente: "como usted lo desee". Sin embargo, lo que quieren decir es que todos estos trámites, encuentros, escritos, en cierta forma exceden un proceso que por supuesto conoce, y corresponde, más a K. que a cualquier gran señor: que al haber aceptado el agrimensurato, las consecuencias que se siguen son competencia de la intranquilidad de su consciencia. Es decir, como Peter el rojo ante sus maestros, K. pudo haber elegido otra aldea, otra vida, pero es cuando se involucra en el castillo y al hacerla a la manera de un extraviado, se somete todavía mas en lo encontrado, que le toca comprender que no se le van a colocar impedimentos distintos de los de su contradicción. La

---

<sup>53</sup> *Ibíd.*

plasticidad pronta a solidificarse, ante la cual K. debe reanudar aun más la intranquilidad, es no obstante menguada porque carece del infantilismo del medio aldeano que se le presenta, que "parecía característico del lugar..."<sup>54</sup> y manifestada en sus ayudantes. Además, su consciencia intranquila, antes que rendir una movilidad, tiende a llevar a K. a cometer pasos que le alejan su ingreso. Tal vez aquí la conciencia se torne un poco mala. Pero este mal únicamente se deriva de la actitud ante aquella.

He aquí una investigación de la culpa que no la tilda de mala consciencia, y prefiere rescatar de ella intranquilidad, mostrando que si ésta suele ser vista como lo malo, es urgente indagar que lo que sentimos como tal. Por supuesto, que se siente como un mal lo que perturba, aquello que aumenta nuestras renunciaciones, es decir, lo que es una exigencia; pero en lugar de ver en ello sólo un mal, es menester ver, ante todo, que la intranquilidad surge porque se aspira, y que la aspiración puede mostrar el lado conocido de los que perturba. De ahí que la culpabilidad pueda ser también una buena situación, y para decirlo en términos de Michael D'Uzan, quien se basa en una frase de

---

<sup>54</sup> *Ibíd.* p.35



41

Freud: "no se puede hacer nada verdadero sin ser un poco criminal –  
dicho de otra forma sin sentirse culpable"<sup>55</sup>.

---

<sup>55</sup> D'UZAN, Michel, Aproximaciones al proceso de creación literaria, París, Gallimard. Traducción de Yolanda González. p. 9.

### CAPITULO 3. CULPA E IMPOTENCIA

#### 3.1 LAS DIVISIONES DEL YO

El hombre se cree servido, y no es mas en lo que respecta a su Yo, que un acertijo de servidumbres; su Yo es un inmenso sirviente: tiene más de un amo, y tiene que pagar ante uno el servicio realizado a otro. Por esto, la situación es de intranquilidad, menos que de maldad. En tal distinción se abre el suplicio de Kafka, que ni siquiera puede "sacar partido" de la racionalización de la culpa como un mal. Es cuando apreciamos la escenificación de su ser como un combate entre dos señores; en Una de las últimas cartas a Felice lo expresa así:

.... En mi interior hay dos señores que combaten, es cosa que ya sabes /.../ Esos dos combatientes que hay en mí, o mejor dicho, de cuya lucha -salvo por un pequeño resto martirizado estoy hecho, el uno es bueno y el otro malo; de vez en cuando intercambian entre sí las mascararas, lo cual viene a introducir una confusión aún mayor en el ya de por sí confuso duelo<sup>56</sup>

¿Será truculencia consigo mismo? Quizás; el caso es que el combate no es muy simbólico, que digamos. Como sabemos, esta carta está

---

<sup>56</sup> KAFKA. Franz, Cartas a Felice, Madrid, Alianza, 1980. 3 Tomos, Pp.777-778

informando sobre la sangre que le ha sobrevenido, anuncia la tuberculosis, con la que Kafka juega como quien ha encontrado el hueso para el que afiló los dientes durante la vida. Por tanto, la lucha entre esos dos sujetos ha finiquitado en una herida mortal, que es menos "una enfermedad /que/ una quiebra genera1"<sup>57</sup>. Quiebra, fisura por la que lo antes constituyente del ser, ahora se va escupitajo tras escupitajo. Pero sea lo que fuese, "la sangre no proviene del pulmón, sino de la estocada, o de una estocada definitiva, de uno de los dos combatientes"<sup>58</sup>. De tal modo que se ha resuelto lo confuso del duelo, ya que este "ha sido llevado hasta el fin /.../ Se trata de una tuberculosis y punto final"<sup>59</sup>. Y para completar el cuadro de derrota, no hay esperanza mínima de mejoría, porque la enfermedad es la esperanza. Asistimos con temor a la certeza que tiene nuestro autor de que "jamás recobrará la salud..."<sup>60</sup>, puesto que tal enfermedad consiste sencillamente en "un arma necesaria"<sup>61</sup> para continuar con vida. Y eso que la tuberculosis apenas permitiría una mínima sobrevivencia; Por ende, aquello que necesita como fundamento mientras continúe viviendo, es precisamente lo que pondrá fin a su vida. En verdad, ¿como soportar este "mientras"? Sólo la defensa de un arma que arma la propia autodestrucción, puede lograr para lo que

---

<sup>57</sup> Ibid.  
<sup>58</sup> Ibid.  
<sup>59</sup> Ibid.  
<sup>60</sup> Ibid. p. 779  
<sup>61</sup> Ibid.

44

quede de vida un límite, una desembocadura entrevista; límite que pondrá el futuro a disposición" y mediante el cual, entonces, la intranquilidad de consciencia encuentra un mínimo de sosiego.

Por lo visto, ¿la transformación de la intranquilidad en un mal ha calmado las cosas? En definitiva, cuando la culpa se ha protocolizado en una gran hecatombe (sea una enfermedad, una ruina, una desgracia insalvable), o sea, ha encontrado el castigo que la formaliza de algún modo para la vida consciente, sobreviene el alivio, la disminución del malestar interior -el encuentro de un arma para sostener más o menos íntegro al Yo. De suyo, se trata de la angustia, y de su mitigación, lo que se ha logrado. En primer lugar tenemos que la manifestación de tal consciencia intranquila es de manera marcada la angustia; Kafka, lo intuye como sigue:

... Alguien del todo desconocido para él, que se preocupa grandemente y en forma constante por él (y nada más que por él). y esas preocupaciones de ese alguien desconocido que le conciernen a él, y en especial su constancia, son las que a veces, en horas silenciosas, le causan terrible jaqueca<sup>62</sup>.

Igualmente, dicho malestar aparece, a pesar del silencio que no lo supone, cuando todo (el hecho, el sitio), la buena protección, está preparado para posibilitar un sueño tranquilo:

---

<sup>62</sup> KAFKA, Kranz, El, Bogotá, Ediciones alonso, 1980. p.252

....No puede descansar, la intranquilidad lo expulsa del lecho, se lo impide la consciencia, el corazón que late sin término, el temor a la muerte y el ansia de derrotarla, todo eso no lo deja estar acostado y vuelve a levantarse. Esta agitación y algunas observaciones aisladas, fugaces, casuales, hechas en este camino, constituyen su vida<sup>63</sup>.

Pero, ¿de dónde tanta intranquilidad casi agónica? ¿De este misterioso alguien que está constantemente pendiente de él, preocupado por lo que acaso creería poco preocupante? ¿De su falta de preparación, entonces? ¿o de la excesiva exigencia de tal alguien? Sin embargo, el mal no termina cuando todo está preparado; el durmiente mismo corroe el sueño y pone la confusión donde la armonía del silencio y la noche hacen de habitación; a una jaqueca quizás causada por las diferencias que tiene con dicho alguien (jaqueca que bien puede transformarse en una tuberculosis) sobreviene una desazón y, finalmente, la expulsión del lecho incluso del lecho marital), de cualquier reposo y armonía con los otros, expulsión que hace de la confusión la vida misma. Jaquecas, insomnios, ¿que otra cosa no presenta angustia.

No olvidemos que, por otra parte, quizás se trata del resultado del combate de los dos espadachines que conforman a Kafka, lo cual se constata si sumamos a la lucha el hecho de que intercambian

---

<sup>63</sup> *Ibíd.*

mascarar. En verdad, según la carta a que antes hacíamos referencia -y en general a las destinadas a Felice-, se podría decir que el bueno es el que aproxima a Franz a su novia, y el malo, el que lo aleja el primero es aquel por quien podrá poseerla, el malo, por quien es imposible tal felicidad. Y, caso distinto, el bueno también puede ser el que lo incita a escribir; el malo, aquel por quien halla la dicha en la mujer, pero pierde una dicha tan fundamental como la vida con la amada: la escritura. Como se ve, el cambio de máscaras no deja muy bien protegido al Yo. Hay tanta arbitrariedad, que no hay por donde evadirse, a no ser erigiendo por fin la mayor arbitrariedad: una estocada en el corazón de su vida (en los pulmones, para su casal. Kafka no sabe pues que decidir consigo mismo, más no porque no haya decidido, verbigracia, por la literatura, sino porque su Yo se muestra como un inválido que, a pesar de los desvelos, no se hace un todo con lo decisivo, de manera tal que como una sirena que estrepita entre las grietas del Yo, se da la angustia. Entonces, se dan eventos que intentan defender al Yo, porque urgen defensas allí, y a veces con tal extremo, que el Yo queda paralizado por la actividad de las defensas: una enfermedad, si se quiere. ¿Por qué de dónde mas concibió Kafka un "arma necesaria" como la tuberculosis para seguir viviendo? Pues del hecho de que al fin uno de los combatientes -él mismo- ha vertido su cuota de sangre. Pueda que después ni siquiera



la tuberculosis ayude, pues ahora la intranquilidad surge de haber conducido hacia semejante barbaridad su existencia; no obstante, le quedaba garantizado al resto de vida un respiro... ahora, precisamente, que la herramienta de la respiración estaba averiada. Alguien en Kafka ha abdicado un poco; no es que esté en la lona, sino que ese otro alguien exigente y vigilante, ha visto cómo su presa ha dimitido por lo pronto ante su poderío y conocimiento omnipresente. Habiéndole reconocido los derechos a uno de los combatientes, los frutos del negocio de la tuberculosis consisten en poder proponerle ahora: "para que continúes siendo amable conmigo, perjudico mi alma"<sup>64</sup>. Por tanto, el fruto era encontrar el amor de tal combatiente, su consentimiento, y ante tal objetivo no importaban los medios, fuera el que fuera el perjuicio del alma.

Que el arma que se necesita para continuar la vida sea la que la arruine, es condición para que el espadachín del cual estamos dando parte, no sea algo pasajero: es fundamental. Su labor de vigilancia, de perturbación y lineamiento, es, en suma, la piedra angular de una crisis que ha llevado al Yo a que se sostenga, se integre en base a su autodestrucción. Sin embargo, no es negable otra perspectiva al respecto, consistente -en aras de la defensa- en no optar por la madrecita tuberculosis, sino en lo referente a privarse de las

---

<sup>64</sup> *Ibíd.* p.251

48

posibilidades de optar. Como se sabe, con la enfermedad Kafka encontró la disculpa (no en balde castigo de culpa en si misma! para terminar con Felice, con la tentativa de matrimonio y de vida conyugal a que ésta lo incitaba también, la enfermedad era la consecuencia de su rígida disciplina alimenticia. Así, Kafka absteniéndose de su objeto de amor y de una alimentación que evitara una tuberculosis, había dado en concertar en su vida las leyes más estrictas de que jamás se tenga noticia en un escritor -a no ser en un apóstol de la escritura- leyes que adopta en una tentativa de "reintegrar un mundo legalizado..."<sup>65</sup>, bajo la determinación de su viejo "anhelo de ley". Pero como afirma M. Robert, era demasiada ley, es decir, una ley que se ha hecho "feroz", y "ya sólo tiene el poder total de matar..."<sup>66</sup>. Por ello Kafka sacaba de 'cualquier situación lo que pudiera dar de absoluto, y en tanto absoluto, de ley con grave sabor a total prohibición, a acallar cualquier mínima objeción. Verbigracia: de la tuberculosis -¡la madrecita!- sacaba la ley que prohibiría la relación definitiva con su amor; y, en verdad, aunque la condición que impidiera estas relaciones todavía no estaba plenamente dada, lo que sí se había logrado era estar en una situación en la que esperaba que se resolviese un problema -el que tenía Kafka con las mujeres que amaba -no porque hallaría la solución, sino porque estaba vedado.

---

<sup>65</sup> ROBERT, M., Franz Kafka o la soledad, Barcelona, Anagrama, 1980. p.179.

<sup>66</sup> *Ibíd.* p.1851



De aquí, la "ventaja" que va a sacar de la impotencia, porque detrás de la impotencia hay una protección, el renunciar a todo, a algo, para evitar la angustia que vendría con la realización.

**3.2 SOBRE LA IMPOTENCIA**

El estado de impotencia es tanto una anomalía como una actitud ante el problema de las exigencias del deseo y de la ley. Si el conflicto entre las dos partes -los espadachines-, llega al extremo de que una elimine a la otra, o a que una, excediendo su vigilancia, eleve la intranquilidad de la otra hasta ponerla por 'fuera de una vigilia positiva y vivificadora, la posición del hombre que conforman es entonces de incapacidad de movimiento -postración, obtención de una enfermedad- y de temor inconmensurable para decidir -duda, búsqueda e indagación infructuosas-, bien porque ha muerto una parte vital, bien porque hay una separación absoluta entre las partes. Así, erigir cada vez más la ley en un nivel tan puro, tan estrictamente basada en un dictamen, mandato inflexible que no permite lo que comúnmente se le permite a cualquiera, no obstante las restricciones humanas: las relaciones amorosas y su camino conyugal, el sentimiento de comunidad (claro que de hecho la situación misma no

lo favorecía, ¿pero aquí no cultivaría uno de los espadachines su suerte?), el comer los alimentos, por supuesto si los haya disposición. Ante una ley absoluta, la vida teme que todo quede contaminado de su amonestación, como en el caso de la impotencia sexual, donde -según la acertada mirada de Freud- el desarrollo sexual queda desligado de la corriente amorosa, porque bajo una condena de la semejanza simbólica, cualquier objeto de amor altamente valorado, se confunde de inmediato con la madre, ante lo cual, lógico, por temor a estar realizando un incesto, la impotencia se presentaba. De ahí que tal impotencia no se daba ante objetos poco valorados 'por la mira de la degradación, lo que quiere decir que si los afectados por este mal "aman a una mujer, no la desean, y si la desean, no pueden amarla"<sup>67</sup>. Franz Kafka sufría de este mal (o degradación erótica), como bien lo ha expuesto M. Robert, al decir que la mujer amada, en su caso:

Queda alcanzada por el tabú del incesto, como la verdadera madre lo estaba para el niño, lo que hace de ella una fuente perpetua de ansiedad y una perpetua tentación. El deseo desviado de su verdadero objeto se fija entonces en las mujeres excluidas de ese círculo de imágenes apasionadas, es decir, sobre aquellas cuya baja condición social o cuya mala reputación inducen a desvalorizarlas<sup>68</sup>.

---

<sup>67</sup> FREUD, "Sigmund, Sobre una degradación general de la vida erótica" en: Obras Completas... op.citp. Tomo 2, p.1712

<sup>68</sup> ROBERT, M., Franz Kafka o la soledad, op.citp. Pp.173-174

Kafka, consciente del horror que significa tal problema se lo dice a su novia en más de una ocasión. En carta del 10 de julio de 1913, confiesa a Felice:

Para ser absolutamente franco esa angustia no es otra cosa que el miedo que ME INSPIRA LA UNIÓN, incluso aunque esta sea con el ser más amado, justamente al' tratarse de ese ser<sup>69</sup>.

Claro que, al lograr se vincular solamente la sexualidad a objetos degradados, se evita la angustia en lo relativo a la pretensión incestuosa, más no la angustia en general. Son demasiadas las complicaciones que se derivan de las divisiones que hayal interior del alma, para que se haya resuelto todo; de tal forma que quedar ante una mujer ideal e imposible, y otra real pero miserable, "corrige" ciertamente una pasión, no obstante, de paso, acentuar una serie de divisiones ante las cuales al Yo poco se le merma el desespero. De allí que si finalmente Kafka va a desvirtuar Cualquier tipo de matrimonio, de ninguna manera, el anhelo de matrimonio de fundación de un hogar, ha quedado abandonado, como bien se ve en los diarios de sus últimos años. Tal el caso cuando redime "la felicidad infinita, profunda, cálida redentora de estar uno sentado junto a la cuna de su hijo, frente a la madre"<sup>70</sup>, de lo cual pasa a

<sup>69</sup> KAFKA, Franz, Cartas a Felice, op.citp., Tomo 2, p.420

<sup>70</sup> KAFKA, Franz, Diarios 1914; 1923, Barcelona, Lumen, 1973. p. 202

concebir su destino como el de Sísifo, puesto que Sísifo era soltero<sup>71</sup> Su angustia, pues, mermaba sólo encontrando un motivo distinto al incestuoso para explicarse. ¿Qué hacer entonces? ¿Renunciar a todo? ¿Terminar muerto en vida o vivo en la muerte como Gracchus? ¿Reducir la vida a una puerta y al haz luminoso de legalidad que se vislumbra tras el ángulo de la sombra del guardián? ¿Llevar la impotencia más allá de lo sexual, hasta quedar en los últimos alientos de una postración? Por lo menos esta es lo que le pasa a Prometeo, quien según una de las versiones de la leyenda, se fundió en la roca a que estaba sujeto. Pero, ¿acaso los personajes de Kafka no están condenados a una impotencia, generalizada, que es precisamente por lo que están perdidos? y es que a decir verdad, si a un hombre lo apremia la sed, y solamente lo separa del manantial un simple arbusto, no sólo se puede afirmar que del conocimiento que tiene una de las partes que lo conforman, y de la simple sospecha de una segunda parte, nace que ni siquiera advierta la fuente ni pueda beber. Igualmente, en el litigio hay que preguntarse por qué las partes no se participan sus conocimientos y los deseos, pues la otra no parece enterarse de la urgencia de beber agua, y por qué el conocimiento de una es correlativo a un desconocimiento tan vasto de la otra. De entrada, esto se explica porque la parte que sólo sospecha, depende absolutamente de la otra, la que maneja a su

---

<sup>71</sup> Ibid.

antojo la información y, sobre todo, conoce hasta qué punto depende de sí su "compañera". Bajo este acentuado yugo, incluso la muerte por sed es previsible, aunque a la parte de la cual depende mucho, poco le preocupa el riesgo... Y, sin embargo, si a quien está urgido por la sed, se le veda (o imposibilita) el camino del manantial por la negativa de la otra parte de dar cuenta de todo lo que sabe, y de ello extrae únicamente sospechas de la cercanía del líquido, pueda que la responsabilidad sea de la parte que, en su inmenso conocimiento, ve tanto la fuente como el individuo que conforma, y lo cerca que están; pero, pueda, asimismo, que sea responsabilidad de la otra, limitada al límite del árbol, sin intención de ver un pie más allá lo oculto y es camoteado por su "compañera".

Al decir intención sentamos que, aunque todavía no sabemos qué piensa el hombre que conforman las dos partes, lo vemos, eso sí, conformado por su situación, como si la angustia lo redujera a esta dependencia malévol o, francamente, de la dependencia extrajera el término de la angustia. En verdad, no se ve en parte alguna intención de salirse de sí, de considerar el frente como posible, como avanzable, y ser tentado por su potencia; por el contrario, todo parece reducido a la triste relación dependiente de sus partes, a las que les ha cedido tanto, que ha perdido su poder decisorio,

resultando entonces el estado de impotencia. De ahí que no podamos dejar de ver en tal cedimiento, en las relaciones entre las partes, la distribución de un sentimiento de culpa, que al fin y al cabo no es más que "una variante topográfica de la angustia /.../ que en sus fases posteriores coincide completamente con el miedo al súper-Yo"<sup>72</sup>. Y es de este miedo del que se ha sacado renunciar a todo poder decisorio, resultando la imposibilidad de salirse de sí mismo, es decir, la detención, el recogimiento íntimo pero aburridor. Es cuando emerge con mayor fuerza la culpa, como si el miedo sólo la estableciera para siempre, indudable, más no a causa de las sospechas ni de que indague algo, sino por su vencimiento ante lo que la otra parte ha informado (que bien puede ser lo manifestado por el guardián de la puerta de la ley), y por haberse rendido ante esta conformación, sacando incluso satisfacción de sus desastrosas dependencias.

Se dirá: "este sometimiento no es gratuito". En efecto, está determinado: súper Yo severo, culpa, consciencia moral, masoquismo del yo, necesidad de castigo; tales elementos determinan a espaldas del sediento, pero de lo que se trata es de que de cierta insuficiencia de él, se infiere su muerte por sed, a saber, por respirar con brutal

---

<sup>72</sup> FREUD, Sigmund, "El malestar en la cultura" en: Obras Completas, op.citp. Tomo 3, p.3061

suficiencia en las relaciones de dependencias de sus partes. Así cuando Kafka termina "El, anotaciones del año 1920", blando de la metáfora de las partes enemigas que pero ya no duda en afirmar que:

Esto es solamente teórico. Porque aparte de los adversarios también existe él, ¿y quien conoce sus intenciones? Siempre sueña que en un momento de descuido -para ello hace falta una noche inimaginablemente oscura pueda zafar de la línea de combate y ser elevado, por su experiencia de lucha, por encima de los combatientes, como árbitro<sup>73</sup>.

Vale decir, pues, que, además de los dos combatientes, existe también él, especie hasta ahora de tercero excluido: el individuo mismo, que en cierta forma tiene la posibilidad de informarse de su propio combate y -¡qué magnífico!- ser juez de los que con sus disturbios tienden a tomar la decisión y a ser los jueces de su vida. En síntesis, emerger como árbitro y conmover las bases de su impotencia. ¿Acaso no tiene ya buena experiencia? ¿No es un descuido que se le deje calcular zafarse de la línea de combate? ¿No tribula ya intenciones? Desde luego, la noche oscura que se necesita aún se dificulta, pero ¿tendrá que intentarlo a plena luz? El caso es que ahora se quiere sumar al combate como quien detenta las leyes, haciéndose por fin parte incluida.

---

<sup>73</sup> KAFKA. FRANZ, El, op.citp. pp. 252-253

Sin embargo, ésto puede quedar entre paréntesis, si la mentada noche se esfuma... Antes que ser elevado por encima, él seguirá por debajo, determinado por el arbitrio de sus partes. Quizás necesite ayuda, obviamente; pero los personajes de Kafka se caracterizan por excluir de sus vidas a los ayudantes, quienes según palabras de Zuleta pasan a estorbarlo todo a consecuencia de que son lo excluido.

El cazador Gracchus afirma con un tono burlón que desvirtúa, que "la idea de quererme ayudar es una enfermedad y debe ser curada en la cama"<sup>74</sup>. Martha Robert, por su parte, dice entre otras cosas que Kafka:

...evoca por medio de sus ayudantes, sus guardianes y todas aquellas parejas intempestivas con que puebla sus relatos es al mismo tiempo la impotencia psíquica del neurótico, y la consciencia social culpable del juicio disperso: dos cosas que nunca separa y que ocupan un lugar obsesivo en sus libros, precisamente porque la vida no le permite ni resignarse a ellas, ni curarse de ellas, ni cargar plenamente con la responsabilidad por ellas<sup>75</sup>.

Desde este punto de vista Kafka va a producir un elemento de gran eficacia narrativa: confrontar al personaje con algo aparentemente arruinador, pero que en el fondo puede consistir en una ventaja. No es sino tener presente el proceso que se le brinda a Josef K., a cuyos ojos es una inconveniencia e injusticia, pero que igualmente es una

<sup>74</sup> Kafka, Franz, "El cazador Gracchus" en La Muralla China, op.citp., p. 91.  
<sup>75</sup> ROBERT, Marthe, Franz Kafka o la soledad, op.citp. p.282



ayuda para que defina su vida (Sobre esto volveremos más adelante). Incluso, en más de una oportunidad Kafka llevó esto a un extremo inaudito, como cuando afirma que una enfermedad bien puede constituir una ayuda: "la enfermedad es siempre un aviso y una prueba de fuerza al mismo tiempo"<sup>76</sup>, porque sencillamente es una confrontación directa con la muerte. Quizás le está sacando partido a su tuberculosis, quizás sólo a condición de ella pudo seguir viviendo: "...la enfermedad no es ningún mal, sino una señal de alarma, una auténtica ayuda que la vida presta"<sup>77</sup>. No obstante, lo que se sugiere es que el obstáculo, la adversidad, la ruina, es también una oferta de vida para el hombre.

Pero esta especie de condena en que cae toda ayuda, en que se convierten las posibilidades, además de ser una manera de estar en pecado, como bien lo afirma a Janouch: "el pecado es el abandono de la propia misión... la incomprensión, la falta de paciencia, la apatía..."<sup>78</sup>, es una tendencia que afirma la realidad misma del pecado en problemas concretos, como la ausencia de una misión personal y la impaciencia que no se detiene ante el tiempo propio de un proceso, y no en responsabilidades demasiado trascendentales o

---

<sup>76</sup> JANOUCH, Gustavo, Conversaciones con Kafka, Barcelona, Editorial Fontanella, 1969. p.147

<sup>77</sup> *Ibid.* p.160

<sup>78</sup> *Ibid.* p.240

teológicas. En esta forma de nueva ética para nuestra época, Kafka tiene más en cuenta la ley como una organización que se hace de acuerdo a las necesidades personales, que como una herencia directa del padre. (De ahí que tenga que interpretarla continuamente y, buscarla). Primero, porque la ley heredada no es válida ya, no funciona, o sencillamente está alterada debido a que quien la impone no la cumple; segundo, porque se trata de que quien proponga la ley esté a la altura de quien debe cumplirla, esto es, que la ley valga por su imperiosa necesidad y no por ser la orden o la disposición de alguien a quien se debe simplemente obedecer sin balbuceos. Sin embargo, el acto de desvirtuar la ley por las violaciones de quien la impone, lleva a que la ley que entra a reemplazarla, sólo funcione para un sujeto, es decir, que la ley se vuelva muy pura, pero a fuerza de referirse sólo a un hombre. Es cuando la ley únicamente queda válida para una persona, hasta el punto que cumplirla representa un alejamiento del resto de la comunidad. Tal alejamiento se produce cuando Kafka se exige mascar durante cien veces un bocado, o al pasar del "No contestes" al y la mudez.

Pero, ¿acaso el objetivo que se requiere no es lograr una ley que sin dejar de serlo, rija nuestra vida, la cuestiones, la absuelva, y, a pesar de no incumbirle en principio a nadie más, sirva de hoja de vida ante

los otros? Claro: más la ley personal no puede desconocer del todo las leyes que rigen al mundo y a la humanidad: debe ser esencialmente el correlato de la legalidad humana. La ley que se impone alguien, el tribunal que erige no debe excluir la ley humana, ante todo debe reforzarla, y mas si surge de la eliminación de aquellas leyes sustituibles por obsoletas. De suerte que regirse por un código personal, para realizar una práctica en la que se pueda respirar, no tendría por qué colocarnos en un estado de ilegalidad. Kafka, no obstante, estaba perdido: la relación entre las viejas leyes, las de la comunidad, y las personales, estaba sencillamente desmembrada. Varios problemas se daban, pero el principal éste: el lugar de la ley estaba vacío; los principios personales sólo buscaban la rudeza de los viejos mandamientos. ¿Qué determinaba esto? La situación de Kafka como judío que quería ser alemán, pero que entre más aprendía la cultura alemana, más se le notaba que era una especie distinta venida de otra parte, entrometida. Martha Robert, que es el cimiento de estas aseveraciones, dice bellamente que para los judíos de Praga:

El bien común -raza, historia, religión- es causa de alejamiento y la dispersión, mientras que la dispersión y la diversidad infinita de intereses, siendo herencia de todo el pueblo, misteriosamente unen entre sí a los individuos separados<sup>79</sup>.

---

<sup>79</sup> ROBERTH, M, Kafka o la soledad, op.citp., p.29

Curiosamente, lo que los une los separa, y el hecho de estar dispersos es lo único en que se parecen. Y precisamente, el problema se basa en que lo que los unía ya no existe historia, cultura, la religión misma es ya una aberración..., y que situados entre una comunidad que tiende a desvanecerse y otra que los acepta a medias, sólo se parecen en que se les nota que ocultan los restos del judaísmo -que entonces resaltan más- y tratan de imitar lo alemán.

En adelante, estamos en presencia de un fenómeno bastante triste, bajo el cual se ven disminuídas las potencialidades del hombre: Kafka "no puede declinar enteramente la identidad porque no es posible poner en ella todas las resonancias"<sup>80</sup>; "Kafka no es presentable sino a medias"<sup>81</sup>. Es terrible: no puede presentarse como alemán, por serlo a medias, ni como judío, porque la cultura y costumbre de los suyos conserva poco del judaísmo, y aunque en lo personal tiende a rescatarlo, dicho rescate es fallido porque igualmente son íntimos elementos de otro pueblo, además de que debe prohibírsele por la estúpida y racial burla de que sería objeto, incluso por los mismos "judíos asimilados". Ni judío, ni alemán, checo a medias, parece no ser nada y serlo todo a la vez. Como los chacales tiene la "desdicha

---

<sup>80</sup> *Ibid.*, p.22

<sup>81</sup> *Ibid.*

de vivir exiliado entre semejante gente..."<sup>82</sup>. De ahí, pues, que lo que es, tiene que minimizarlo, ocultarlo. En Praga, nuestro hombre queda entonces impotente para ser lo que esencialmente es: un judío. Sin embargo, el problema se complica porque el no quiere ser un judío como su padre: quisiera serlo en el sentido más arraigado (auténtico, diría Martha Robert), vale decir, un judío oriental, un Lowy, acaso uno de los actores de este. Y en verdad, lo que se le propone, y aprestigia, es ser "un judío asimilado"; con este fin fue educado, pero los elementos que se le daban sólo le producían finalmente desconfianza y culpa. Por tanto, Kafka no puede ser un judío en el sentido en que el cree que debe serlo -está vedado por el medio y por las circunstancias históricas-, ni tampoco en el sentido en que son los coterráneos que se han acomodado en Praga -lo que considera una forma corrompida de ser. Y cuando el ser se encuentra imposibilitado de manifestarse, es lógico que se sienta tan reducida su actividad, que a fuerza de esconder lo que es, empieza realmente a dudar si es alguien. Tanto se ha estrechado el círculo de la vida, que Kafka corre el riesgo de quedar por fuera de él. En consecuencia, tenemos un repliegue de todo lo que implicaría salir de sí mismo, una terrible interiorización del mundo hasta hacerse uno con él, piedra, como Prometeo, o una regresión tan extrema que nos lleva de lo mamífero al terreno de los insectos.

---

<sup>82</sup> KAFKA, Franz, La Condena, op.citp., p. 80

De este conjunto de elementos que venimos exponiendo alrededor de la impotencia, es decir, la pérdida del dominio del yo, la impotencia neurótica, el problema tan bien llamado por Robert "mal de identidad", de todo este conjunto, ninguno la explica tanto como el temor a pecar que hay detrás de cualquier acto que no se hace. Si "el mal de identidad" frenaba cualquier posibilidad de presentarse -o exponerse- ante los otros era porque en el fondo se temía, ya presentarse como judío, ya como alemán, lo cual dejaba cabida a una imitación, pero "la imitación impotente del judío asimilado..."<sup>83</sup>. Igualmente si a la larga el yo no es capaz de elevarse sobre las partes como árbitro, era para deshacerse de las decisiones en las manos de tales partes, así éstas lo lleven a una herida definitiva, y para disminuir las resonancias de la responsabilidad de sus actos. En el mismo sentido, si la impotencia sexual surge ante la mujer amada es por temor a realizar un incesto. Freud ha dado en el meollo de lo que es la impotencia: el estado con el que nos defendemos de realizar un gran pecado. Se es, pues, impotente con el fin de preverse violar un mandato prohibitorio, y sólo por esto el Yo ha declinado su arbitraje al arbitrio de las partes, de sus espadachines, poniendo en "alto" toda colaboración.

---

<sup>83</sup> ROBERT, M, Kafka o la soledad, op.citp. p.184

En adelante, sólo puede expresarse esta perturbación, como cuando los objetos de amor se dividían en elevados y rebajados, en: una división que atraviesa enteramente la vida, creándole series dobles de reglamentos que se contradicen entre sí. Entonces tenemos a Kafka incapacitado para que los dictámenes de las leyes se comuniquen entre sí, por lo que más acá de estar ante la ley, queda bajo la orden de por lo menos dos leyes distintas, que lo llevaban a incumplir por siempre. Tal vez era ésta una de las pocas maneras de cuidarse del cometido de un gran pecado; desgraciadamente ya el remedio constituía un pecado). Martha Robert observa que estas dos leyes son la judía y la extranjera, tan contradictorias que nos entregan a Kafka: "Desmembrado entre dos leyes imposibles de conciliar, la primera, la judía, que le ordena casarse para ser un hombre en el sentido cabal de la palabra, la otra, la extranjera, que le obliga a separar el vínculo conyugal de la sexualidad y por ese camino a esterilizarse..."<sup>84</sup>

Asimismo, el par de leyes pueden ser sencillamente la ley ancestral judía que obliga a una cuota de ayuno, y la ley natural que cobra con dureza el violar su mandato de comer al día, dando por sentado que si está prohibido ayunar, so pena de sufrir las consecuencias en carne propia. Sea por el dúo de leyes que sea, el efecto es el mismo:

---

<sup>84</sup> *Ibíd.* p. 172

Kafka está desmembrado, "falible por partida doble"<sup>85</sup>, e imposibilitado para, a falta de un mínimo de absoluto en la referencia legal, poder hacer lo pertinente para legalizarse. Sin duda! legalizar ,su vida es siempre dejarla ilegal en algún campo. Ahí solo queda "abierta la terrible puerta de la enfermedad"<sup>86</sup>. Finalmente, el absoluto mandato de la ley natural hace irremediabilmente las veces de una ley indomable, incuestionable.

Ante tal abundancia de reglamentos a los cuales rendir cuentas, y ante el hecho de que el universo de la ley se encuentra dividido - como los objetos amorosos en subvalorizados y supervalorizados-, el Yo se ve en la necesidad de dimitir, porque es imposible reparar nada y llegar a una reconciliación. Cuando se desprecia cualquier ayuda, se observa esta división de la vida; en tal caso, se rechaza la posibilidad de integrar algo que está disperso. (También la confianza extremada en otro, de K. en Bernabé, desvirtúa una ayuda efectiva y destituye el fuero personal). En la misma vida de Kafka esto no es raro. Martha Robert nos dice que a pesar de admitir la teoría de Psicoanálisis no acepta la terapia -a mi parecer algo tan importante y tan inseparable de la teoría- ya que tal vez "a la profundidad en que ha arraigado su propia angustia, le parece tan descabellado querer

---

<sup>85</sup> Ibid. p. 158

<sup>86</sup> Ibid. Pp. 178-179



curarse como tratar de cambiar los órganos del ser viviente"<sup>87</sup>. Al autor que critica personajes como Blurnfeld o Josef K., porque han arruinado sus vidas, se le hace imposible que haya mejoría: hay cosas -enfermedades- sobre las que el hombre no puede hacer nada. Entre la idea de que un hombre siempre será el mismo y aquella que afirma que hay técnicas para que sea distinto, a pesar de saber la posibilidad de la segunda -de someter a la carga de estas posibilidades a los personajes que no quieren cambiar-, toma partido por la primera, por lo menos en su caso. (De ahí que sus personajes son un llamado de atención a su vida; de ahí la intimidad de esta obra mientras estuvo vivo). Así, por ejemplo, Kafka no podrá acceder a la relación más o menos íntima y continuada con una mujer, sino cuando todo esto tomado por la tuberculosis. Pero, ¿por qué tal grado de dimisión, y sobre todo en un hombre que hizo una obra que celebra a la humanidad y la redime? Pues, porque si alguna cosa es imposible, es estar en paz con la culpa, que a estas alturas se ha perpetuado con la falta de conciliación que hay entre las leyes a que se ha entregado Kafka para suplir de un modo excesivo la falta de ley en su vida. Culpable por partida doble, podríamos decir. Se trata de una culpa cuya triada de castigo-reparación-reconciliación, se encuentra averiada y reducida a su primer elemento: la ley sólo dispensa castigo, lo que para Martha Robert es en cierta forma la

---

<sup>87</sup> Ibid. Pp.175-176

presentación de la ley de "La colonia penitenciaria", donde ésta se resume en "un poder coercitivo desmesurado, cuya única función es la aplicación automática del castigo"<sup>88</sup>. No hay pues vestigio alguno de una reparación y de una reconciliación. Es tanto el temor ante un "supuesto acto punible", la previsión para no cometer el gran pecado, que toda dirección tiene como objetivo el no querer determinar casi en nada. Sin embargo, todo lo que se hace lleva a resultados desastrosos que sin salvar a Kafka le realimentan la culpabilidad, mediante la cual subsiste de una manera terrible y atrayente la idea de ser causante de todo. En realidad, querer evitar ciertos actos como alimentarse, amar Plenamente, vivir, incluso desvirtuar cualquier tratamiento, es hacer demasiado en contra de sí mismo.

No obstante, es menester presentar cómo Kafka intentó ponerle fin a una de sus impotencias, la literaria, cuando escribió "El Castillo", acudiendo a la realización de una "encuesta autobiográfica...", que Martha Robert presente así: "para superar su impotencia literaria, se ve llevado hacia su propio pasado..."<sup>89</sup>. Tal encuesta es el trabajo "Investigaciones de un perro", el cual es quizás el manifiesto velado de su judaísmo. Sólo mostrando ahí todo lo que era, un perro, pero un perro poco desechable sin un buen pleito, lograba integrar su vida.

---

<sup>88</sup> *Ibíd.* p.149  
<sup>89</sup> *Ibíd.* p.33

A Josef K. igualmente, se le brinda esta oportunidad; piensa escribir un balance pormenorizado de lo, que ha sido su vida, sin embargo no lo hace, y queda impotente ante sus verdugos. Kafka, en cambio, no duda en contar su pasado, en procesar a su padre, en ser el culpable que es. Así domina la situación, quizás a balbuceos, como cuando quería expresarse frente a su padre, pero también hilando como pocos la palabra más certera: la literatura. (y es que precisamente escribía para no balbucear). ¿Quién era la víctima?. El mismo: la tuberculosis lo hería de muerte, porque la culpa nos da la libertad pero a un alto costo. Por supuesto. Con el mismo acto que nos libera nos cobra todo lo que hemos evitado por ser libres.



## CAPITULO 4. LOS LÍMITES DE LA RENUNCIA

### 4.1 RENUNCIA Y REALIZACIÓN

Igualmente, está por verse si el gran pecado se cree desde ya inconscientemente cometido. La impotencia entonces, como la situación en la que tenemos una obstaculización sin cuartel, interna, de lo que más se desea, bien podría ser con toda su nota de dolor, un castigo, que intenta subsanar lo hecho, una deuda cuyo cobrador es imposible liquidar. De ahí que el problema se agrave: la manera como se ha hecho el pago, ha llevado la vida a la ruina, lo cual, a su turno, se convierte en objeto de un nuevo cobro, como si estuviéramos en presencia de esa tercera absolución que le propone el pintor a Josef K.: "la prórroga ilimitada". Así, con la tuberculosis no se iba a acabar la angustia; las paces seguirían rotas, pues se trataba de un remedio que traía consigo el veneno; por su lado, habiendo el personaje Blurnfeld, el solterón, renunciado a todo (incluso a un perrito), y en espera de que por lo menos nadie le molestare, resultó que el problema continuaba, pues se estaba debiendo la vida que se había negado. Y esto se cobra con mayores

creces que si se hubiese cometido "un acto punible". Es así como la inocencia va quedando como lo que no existe ni en el personaje más inocente. Kafka, comentando la diferencia de los personajes de "América" y de "El Proceso", señalaba que para ambos había sendos castigos: "Rossman y K., el inocente y el culpable" y ambos eliminados por la justicia sin discriminación: el inocente con manos mas leves, mas dejado de lado que suprimido"<sup>90</sup>.

De nuevo: no por renunciar se ha evitado ser culpable, sino que, precisamente, la "renuncia instintual (que nos ha sido impuesta desde afuera) crea la consciencia moral que a su vez exige nuevas renunciaciones instintuales"<sup>91</sup>. De donde estamos ante un hecho inevitable, ser culpables, ya que si cometemos algo sancionable, y esto refleja menos una culpa que el remordimiento correspondiente a una falta realmente realizada, igualmente se trata de que ya existía "una disposición a sentirse culpable, es decir, una consciencia moral", donde lo que ha sucedido es que "una necesidad instintual ha adquirido la fuerza necesaria para imponer su satisfacción contra la energía, también limitada, de la consciencia moral"<sup>92</sup>.

---

<sup>90</sup> KAFKA, Franz, Diarios -1914-23, op.citp. p.130-131

<sup>91</sup> FREUD, Sigmund, El malestar en la cultura, op.citp. P.3057

<sup>92</sup> Ibid. p.3059

Pero el remordimiento tendría un origen más tierno; en efecto, es la culpabilidad que proviene del amor. Así, si la agresión dirigida contra el padre, deja de ser suprimida en alguna oportunidad, es de destacar que iba acompañada de lo amoroso, pues nuestros afectos e intenciones son ambivalentes. ¿y cómo sobrevive dicho amor? ti ... En el remordimiento consecutivo al hecho /el parricidio/, erigiendo el súper-yo por identificación con el padre, dotándolo del poderío de este, como si con ello quisiera castigar la agresión que se le hiciera sufrir, y estableciendo finalmente las restricciones destinadas a prevenir la repetición del crimen"<sup>93</sup>. Por tanto, no sólo porque odiamos sentimos culpa: también porque amamos. La inevitable hostilidad que sentimos contra un ser amado, nos la cobra el amor, cuando no, sea lo que sea este objeto, objeto de deseo o modelo de identificación, recibiremos el peso de nuestra hostilidad, bien que como objeto que puede perderse, su pérdida nos ha de llevar al duelo, a reconstruirlo en nuestro Yo, que es quien entonces se hace objeto de la agresión que buenamente le dirigimos al perdido; bien que como modelo, el destino de su mirada, afirmativa y contrariante, pero para algunos hombres" pura mirada de rechazo y juicio negativo: será la consciencia moral del Yo.

---

<sup>93</sup> Ibid. p.3059

A propósito, este poder de interiorización de elementos, imágenes, muertos, miradas, juicios adversos, que van enriqueciendo al Yo y poniéndolo en jaque, nos recuerda a Gregorio Samsa, quien -como lo dice Zuleta- calcula definir lo que en realidad pasa con él, en base a la mirada de los otros:

Sentía curiosidad por saber lo que dirían cuando le viesan los que tan insistentemente le llamaban. Si se asustaban, Gregorio encontrábase desligado de toda responsabilidad y no tenía por qué temer. Si, por el contrario, se quedaban tan tranquilos tampoco él tenía por qué excitarse, y podía, dándose prisa, estar realmente a las ocho en la estación<sup>94</sup>.

En verdad, la mirada horrorizada de los otros comprobaría la metamorfosis o, mejor, sería el mismo punto de partida de ésta; mientras que, si era tranquila, la confianza en que nada había pasado. Y claramente se hace hincapié en la adjudicación de la responsabilidad al oficio de dicha mirada. Por otro lado, esto no es extraño al conflicto de los judíos, consistente en que ya no ven "con sus propios ojos, sino con los ojos de sus enemigos..."<sup>95</sup>. La prueba más vehemente es la palabra con que califica a los judíos el padre de Kafka: perros.

<sup>94</sup> KAFKA, Franz, La Metamorfosis, op.citp. p. 26  
<sup>95</sup> ROBERT, M, Kafka o la soledad, op.citp. p.116

Los judíos, pues, eran tan antisemitas como sus detractores raciales; hablan llegado a interiorizar la mirada que más los condenaba, y Kafka la había interiorizado a tal punto, que la mirada afirmativa estaba arrinconada.

La única salida es ser culpables: necesitamos ser alguien, identificarnos; es incuestionable el hecho de que nuestra vida es una firme oleada de objetos perdidos, por lo que tan inevitable como es identificarnos, es la consecuencia de esto: tener que estar a tiro de cañón de lo que deseamos; en tal razón todo es más dificultoso entre seres queridos, entre familiares. De ahí que el regreso hacia sí de la agresividad se acentúa entre quienes no son cercanos: se supone que los liga exclusivamente el amor (son ante todo "seres queridos"), por lo que la hostilidad pierde buena parte de su camino hacia el exterior, pero de ninguna manera se borra. En parte eso es lo que estudia La metamorfosis; y lo que explica el tono altanero y agradecido, libre y sincero, de un Peter el Rojo. La moraleja, o paradoja, de este mico que se coló entre los hombres, consiste en que no tuvo familia, ni propiamente hablando en términos de sangre, un padre. Sin duda, un hijo que a causa de sus travesuras termine enviando a su padre-educador a un manicomio, terminaría eliminado por la culpa; en cambio, Peter, entre chistes y lamentos, con aquello



que hace de padre a tiro de cañón, logra descargar su agresividad sin mayor culpabilidad, puesto que no es en esencia su padre. No es que no sea culpable, es que lo es sin tanta gravedad. Parece, pues, que la clave de su suerte fue no ser hijo y ser alejado cuanto antes de sus padres. Kafka incluso teorizó esto en una carta sobre la educación de los niños.

Es menester, pues, "escurrirse en los' matorrales", participar en la cultura humana y ser reconocido por ella, aceptando las condiciones de su universo, la regla de juego de sus exigencias. Pero para ello urge el aliento de la promesa de nuestros guías -promesa de la que Kafka no tuvo noticia en casa de su padre-, una mirada que nos proyecta más que por lo que somos, por lo que podemos llegar a ser. Y si en un principio al hombre le es imposible descartar el amor de los otros, debido a su larga etapa de indefensión, ha de llegar el tiempo en que se debatirá con tal amor, querrá aprobarse más allá de la afirmación de la "cálida convivencia". Entonces, como el perro que investiga, se quedará solo, culpable, porque como tal ha sido admitido y como tal es diferenciado. Allí la pregunta: "¿Qué hizo?", tendrá resonancias estrictamente personales.

Más allá del problema del amor, de la necesidad, de la agresión que

finalmente logra su fin con nuestro Yo, como sentimiento de culpa<sup>9</sup>, es decir de la renuncia, de la puesta en marcha del hombre hacia si mismo, esta la prioridad de obtener como salida una posición en la forma humana -antes que una jaula en el jardín zoológico-, ésto es, ser alguien. Culpables al principio porque necesitábamos ser aceptados, y no arriesgar el amor que se nos tenia, lo somos luego por ser alguien e imponer este ser, así entonces se nos separe... Por tanto, la culpa es la lógica consecuencia de ser en lo humano, de cumplir la exigencia, que es la condición de este ser: sacrificarnos en aras de la humanidad, mantener este ideal. De ahí que "el precio pagado por el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por aumento de sentimiento de culpa"<sup>96</sup>. Sin embargo, esto no es fácil, ya que tampoco ayuda mucho renunciar a todo: la cultura misma se hace en base a pequeñas disposiciones criminales, y hay las veces en que apela a las grandes.

#### **4.2 "EL CAZADOR GRACCHUS" O LA CULPA POR LA RENUNCIA A LA VIDA**

Aunque logremos escapar al testigo de la humanidad, estamos descubiertos ante nosotros mismos: para uno -para nuestro Súper-yo no hay nada oculto, ni que ocultar- ni siquiera el deseo más intimo

---

<sup>96</sup> FREUD, Sigmund, Malestar en la cultura, op.citp. p.3051

incluso para el mismo Yo. No obstante, el Yo, aún sufriendo los resultados de la incriminación, no se entera, y en tanto menos sea su conciencia, más ha de pagar con la vida la parálisis de su decisión. En el fondo, el Yo ha asumido una posición pasiva ante el Súper-yo. Curiosamente, de ahí el Yo saca una idea un poco entretenedora: "yo padezco, yo no tengo que ver en nada". Y en verdad, parece tan poco agente de nada, que presume de inocente. Claro está que el Yo que se cree inocente, paga las consecuencias de su mayor pecado: considerarse libre de culpa. Es el caso de un personaje bastante extraño: el cazador Grócchus, quien se mató, pero como su "barca mortuoria equivocó el viaje..."<sup>97</sup>, ha perdido la ruta hacia el otro lado. Nunca es posible pasar porque "El error de mi pasada muerte me ronda y sonríe con disimulo en mi camarote"<sup>98</sup>. Gracchus, empero, jamás se siente responsable de lo que pasa: si no fue la barca o "un falso movimiento del timón, un momento de distracción del conductor..."<sup>99</sup>, la responsabilidad rehace sobre "el orden establecido"<sup>100</sup>.

De tal forma que cuando se le pregunta si tiene la culpa, contesta:

No /.../ fui cazador; ¿constituye eso una culpa? Me apostaron como cazador en la selva negra, que todavía entonces albergaba lobos. Yo acechaba, disparaba, dada en el blanco, cuereaba; ¿constituye

<sup>97</sup> KAFKA, Franz, El cazador Gracchus en: La Muralla... op.citp. p.89  
<sup>98</sup> Ibid.  
<sup>99</sup> Ibid.  
<sup>100</sup> Ibid. p.90

eso una culpa? Mi trabajo se bendecía. "El cazador de la selva negra", me llamaban. ¿Es una culpa?<sup>101</sup> .

Inocente, libre de toda culpabilidad, inculpando siempre a los otros, al barquero, al timón, al destino, el cazador Gracchus revela en su entraña la presencia de "una misteriosa culpa /que/ le impide tanto vivir como morir..."<sup>102</sup>. Peor que la petrificación de un Prometeo, que la impotencia de Josef K. para ver las luces que le ofrece su proceso, y que la correspondiente al artista del hambre para encontrar el alimento que desea, la impotencia de Gracchus lo ha confinado a un camastro, a un extravío, a seguir en un rumbo que carece de finalidad y cuya meta estorba. Alejado de la humanidad, vagando sin vivir y sin morir, ha quedado fuera del alcance de la ayuda humana, de la misma mortalidad y de la posibilidad de transformar su situación, imposibilitado para cambiar su rumbo, ya que incluso considera la ayuda una enfermedad y receta para quienes la padecen la cama. Pero si Gracchus se ha situado a una distancia donde es inalcanzable, es debido a que tampoco puede alcanzar nada; su distancia corresponde a quien está ubicado en una cama; curado totalmente para morir, enfermo ,definitivamente para vivir. De cama en cama, quisiera establecer todas sus relaciones, entre postrados y errabundos. Por otro lado, si la presencia de la decisión debe

---

<sup>101</sup> *Ibid.*

<sup>102</sup> ROBERT, M, Kafka o la soledad, op.citp. p. 118

organizar los pensamientos de quien quiere alcanzar cuanto antes el otro lado, Gracchus se especializa no sólo en ahuyentar los pensamientos concernientes a la posibilidad de ser auxiliado, simplemente no piensa:

-Extraordinario -dijo el alcalde-, extraordinario... ¿y ahora piensa quedarse con nosotros en Rivél?  
-No pienso -dijo el cazador sonriendo, y para atenuar el sarcasmo, puso la mano en la rodilla del alcande-. Estoy aquí, no sé más; no puedo hacer otra cosa. Mi barca carece de timón, viaja con el viento que sopla en las interiores regiones de la muerte<sup>103</sup>.

En tal no pensar, en este estar en una postración insalvable, definida por el acomodo a un sitio dado y no por pensar en dónde podría estar según sus riesgos, en esta falta de decisión radica la culpa extraña de Gracchus, una culpa que no ha encontrado redención ni en la muerte, pues está tan nutrida por su posición acostada, que se ha invalidado antes de que el cazador muera. El cazador que mata ha sido matado no por la muerte sino por la imposibilidad de morir, que es algo así como estar en "las regiones inferiores de la muerte" (Por lo demás, se trata del destino de sanatorio en sanatorio de un futuro tuberculoso).

Ahora bien, puesto que se ha renunciado a demasiadas cosas, la vida conviértese en un calvario, en el ambiente en que la condena

<sup>103</sup> Ibíd. p.91



encuentra su reino y hospital: se castiga no por haber hecho más de la cuenta, sino por haber omitido demasiado lo que se debería hacer: el amor, los riesgos de las grandes aspiraciones, la sexualidad, una vida efectiva y afectiva. La prohibición lo ha cobijado todo; el "no debes hacerlo" ha incluso negado la posibilidad esperanzadora del "debes ser, por lo menos cuando sea grande". El Súper-yo ha sido explotado meramente en su función prohibitoria, quedando entonces abierto el camino de la aspiración a la renuncia total de un Gracchus, que salió a cazar y fue cazado por la miseria de sus ideales. Y es que si en nuestra lucha por "escurrirnos en los matorrales", tenemos que renunciar a la obstinación, a la índole simiesca", tampoco se trata de que no se permita afectar en forma alguna al maestro. (Pero claro, el maestro no es quien nos engendró) Algo tiene, que salir afectado si queremos ser realmente aceptados, estar a la altura de la condición humana; y tal afectación no es necesariamente la eliminación física de alguien, es arriesgarnos a vivir sin su amor.

CAPITULO 5. LA RELACIÓN DE LA CULPA CON LOS IDEALES DEL  
YO

5.1. SOBRE LOS IDEALES INALCANZABLES

Bien que uno va tomando su puesto en la cultura, ésta entonces forja también el suyo en el hombre en forma de Súper-yo: "el representante del mundo exterior real, y de este modo, el prototipo de las aspiraciones del Yo"<sup>104</sup>; lo que lo coloca como el ideal del Yo, aquello que esperamos éste llegue a ser. De ahí surgen dos hechos que son el mismo: el Yo entra en constante comparación con el súper-yo, de la cual se desprende, desde luego, una tensión: "tensión entre las aspiraciones de la consciencia y los rendimientos del Yo, /que/ es percibida como sentimiento de culpabilidad"<sup>105</sup>.

El ideal, limite que presume haber alcanzado la humanidad, propuesta que el hombre tiene que adjudicarse para acceder a un lugar en lo humano, se coloca ante el Yo como una exigencia, pero también como una esperanza. Detrás del ideal está la condición

<sup>104</sup> FREUD, Sigmund, "El problema económico del masoquismo" en: Obras completas, op.citp. Tomo 3, p.2757  
<sup>105</sup> FREUD, Sigmund, El Yo y el Ello. en: Obras completas, op.citp. Tomo 3, p. 27-5

indispensable para que el hombre realice, no sin temor a no rendir lo que se exige, pero tampoco recluso en una cárcel donde el Yo, cohibido, distante del terreno del ideal, ha quedado sin posibilidades de realizar nada. Si el ideal conserva todo lo que ha logrado la humanidad, es un impulso de la actividad del Yo, antes que una intimidación; una exaltación, antes que una humillación. Bien podría decirse directamente que es el canal de la posibilidad, y por supuesto, contra toda simplificación de sus funciones en órdenes y exigencias, una esperanza, la colaboración al deseo de parte de la ley. Pero en el caso de Kafka el ideal estaba, digamos averiado por un padre que no permitía que el niño pusiera la menor esperanza en él. De ahí que el ideal del Yo tome por función la exigencia desbordada -exigencia terrible porque no es un medio para ser y hacer, sino el mismo fin de la vida. De suyo, "la cuestión de la consciencia es una exigencia social"<sup>106</sup>, pero si la exigencia se torna sádica, tirana, pierde todo objetivo de socializar al individuo y hace que logre algo muy distinto de lo esperado: lo retrae de lo humano, le impide la asociación, el participar en la más esencial y sencilla relación de convivencia con un ser amado. En principio, se trata de la triple ciudadanía de judío, checo y alemán; pero, asimismo, el padre como ideal era una desfachatez detestable en cualquiera de las situaciones en que existiera. El ideal estaba establecido en Franz

---

<sup>106</sup> KAFKA, Franz, El, Anotaciones del año 1920. op.citp. p. 251



Kafka, empero, tan corrido, que la tensión entre Yo e ideal era insalvable, ya que el vacío dejado por dicho ideal corrompido, lo había ocupado un ideal tan valeroso como inhumano.

En consecuencia, de las relaciones entre el Yo y el ideal pueden resultar dos caminos: aquel donde el ideal está por fuera de toda realización y aquel donde se considera plenamente realizado. En el primero se coloca ante el Yo un ideal tan alto, que sin dejar de reproducir la exigencia ilimitada del padre tiránico, es también un ideal que el Yo se ha puesto para desvirtuar las exigencias del ideal anterior-el que se hereda tanto en forma severa y cruel como en contenido ideológico del padre. Claro está que este poco modesto ideal, que tiene la misión de hacer residuos la actividad del contenido del otro -por ejemplo, la tentativa matrimonial-, plantea, a su turno, un nuevo problema, consistente en colocarle al Yo una nueva policía que entra a competir con la policía traída de las torres del padre.

Desde luego, el Yo queda ante dos policías, de manera tal que rendirle a una es un desacato de lo que la otra exige. Sin embargo esta nueva policía, producto de un yugo aceptado por el Yo, elaborado, porque en buena parte erotizaba la relación entre el Yo y el Súper-yo, daba al Yo disponibilidad para decidir, para elegir y

formar. Ahí, no en balde el Yo logra considerarse guía, y manejando la situación, señor que dispone en torno a la cuestión de las leyes ¿Qué reporta este buen dominio? Señales de felicidad basada en la infelicidad de la convivencia de dos tendencias tan opuestas. Más, ¿dónde encontró Kafka este nuevo ideal que, sin ser desestimado por la humanidad, descollarse sobre las miras puestas en el padre? En la literatura; única manera, como dice Martha Robert, de legislar una "ley personal" por encima de las leyes apenas figuradas en las leyendas, en "los tabúes colectivos, cuya tiranía personifica el guardián /de 'ante la ley'/"<sup>107</sup> "Ley personal que lo induce desde ya a rendirse cuentas a sí mismo, ha encontrar salvación, porque:

...la soberanía de decisión que le falta tan cruelmente en la realidad le es restituida con creces en otra parte que es la literatura, donde libre al fin de pensar por sí solo y de mostrar su verdad, ya sólo queda sujeto a la ley ante el tribunal supremo de sus escritos<sup>108</sup>.

Kafka ha, pues, hallado la salvación, la ley esperanzadora que despliega las posibilidades del Yo; por supuesto, para esto debió ante todo de luchar por una obra, ya que no se trata de ser absuelto por no hacer, sino de hacer algo tan determinante, importante y necesario, que desde su misma fundamentabilidad emerja el defensor, el fiscal y el mismo juez, en pocas palabras, el tribunal

<sup>107</sup> ROBERT, M, Kafka o la soledad, op.citp. p.186

<sup>108</sup> *Ibid.*

exigente y justo, propio y universal, que permitiría la grieta de la liberación y la evasión, así quedara condenado ante la mirada del primer y no menos terrible juez que nos ha legado la educación de los padres.

A la postre, el precio de la división tajante de los ideales entre, por un lado los inalcanzables y, por otro, los que están a la mano del Yo, aumentaba la grieta que separa el legado venido del vocerío del padre de lo que el Yo funda como compendio personal bajo su riesgo y paternidad, vale decir, lo originado en su propio mandato, la escritura, además de agudizar el deterioro de lo paterno en sí mismo (deterioro nacido de un padre que no permitía abordar el camino de la ley personal), por lo cual el camino sólo se lograba en la insistente permanencia de los fragmentos, en la falta de una síntesis en que, verbigracia, el ideal venido del padre pueda abordarse con la esperanza -el margen- de poder realizar el mandato personal. Entonces, sólo se podía acceder a lo personal dejando por fuera el ideal referido al padre, por inalcanzable, por ser imposible y, en demasía, porque no era muy llamativo... En consecuencia, el camino de "la ley personal" se separó de todos los ideales de la vida: convivencia sexual, alimentación, etc., y únicamente encontró su campo en una cosa que entonces se proyectó opuesta a la vida, la

literatura, que no obstante dar lugar a un ideal preferencial, en muchas formas terminaba de constituir la división de situaciones que deberían estar incluidas, íntimamente relacionadas. Y, en efecto, las divisiones seguían presentes; así por ejemplo, aquella existente entre lo sexual y lo cariñoso, que llevaba a Kafka a encontrar una mujer para cada una de estas corrientes, lo cual, tristemente, terminó con el drama de no poder amar a la mujer que deseaba ni desear la mujer amada; allí donde amaba no podía haber sexualidad. Y, también, claro, la separación más angustiante de su vida, la que lo llevó a sentir más culpabilidad. Hacemos referencia a la que separa al hombre del escritor, que esencialmente era la expresión de una división entre vivir y escribir, lo que se ha descrito como: "Escribir sin vivir para lograr la eternidad, o vivir sin escribir y resignarse a no hacer sino pasar..."<sup>109</sup>. De lo que se infiere que si vivía no podía escribir y si escribía no podía vivir. Sin embargo la única manera de vivir era escribiendo, porque allí se liberaba y obtenía tanto una ciudadanía como el sentido de ser padre de una obra: cuentos, novelas, relatos, hijos con los que se sabía de alguna manera fundador. Pero escribir excluía las cosas de la vida, convivir con una mujer, el matrimonio, porque además de que una mujer en estas condiciones tan íntimas se desvirtuaba para ser amada, este hecho máximo de la vida perturbaba las posibilidades de lo que requería en

---

<sup>109</sup> Ibid. P- 102

su más profunda particularidad el Yo. Así, en su caso, lo que posibilitaba el desarrollo del Yo, era precisamente lo que lo mataba, lo cual se patentiza en que por el mismo "hecho de vivir /.../ se obstruían los caminos"<sup>110</sup>.

Claro que para Kafka era preferible sobreaguar en esta separación angustiante (entre espadachines incontrolables que se disputan a cada minuto nuestro corazón), que tomar la actitud ante el problema del ideal del Yo, consistente en mantener meramente unos ideales tan elevados, que el Yo quedaba impotente y, como Gracchus, dispuesto finalmente a renuncia! en pleno a la vida. En adelante el Yo tomaba aliento de saber que lo que para él es imposible, no lo es para el resto de la humanidad; pero lo que no sabía es que hay pertenencias que sólo son para que él mismo acceda y ponga su sello, de manera tal que, sino le es posible tal acceso, ha de quedar solo por su incapacidad y no porque se presente un obstáculo común a todos los hombres. Por eso alentarse bajo la consideración de que la puerta de la ley común, es tornar un aliento famélico e infructuoso, como el del campesino que creía estar ante la puerta de la ley de todos, pero que al no descubrir que esa puerta era sólo para él, se condenó. Para demasiados, pensaba que era esa entrada; al contrario, era muy precisa, muy cercana y personal, más el

---

<sup>110</sup> KAFKA, Franz, *Él*, anotaciones de 1920, op.citp. p.247

campesino se hundió al no entrever que se refería ante todo a él, a su Yo, como un ofrecimiento para la vehemencia con que personalice la ley. Fue así como se le alejó totalmente, aún teniéndola enfrente; era un acceso demasiado idealizado: parece que pensaba que llegarían otros, con los que forjaría una compañía, el pueblo disperso que reunirla ese umbral para vencer entonces la inclemencia del guardián; no pensó que el guardián era su sombra agigantada; las leyendas, sus temores; la puerta, su cometido; la ley, su misión incompartida. En el fondo, el obstáculo consistió en los tropiezos que le puso a la relación personal con la ley.

Con todo, hay que darle crédito a la verdad: si lo personal llegó a tal complicación, se debe a que el Yo lo tenía tan distante como el mismo pueblo que vendría en su ayuda. Así, antes que un drama entre lo personal y lo común, subsiste uno basado en la imposibilidad de hacer lo personal, puesto que se reducía a la esclavitud de cumplir leyes que a nadie más importaban, vale agregar, un drama en el cual lo propio es una condena, antes que una conquista del hombre en lo colectivo; un pecado, antes que una apropiación; una simple exclusividad del dolor y el sufrimiento, antes que la soledad del hombre que está menos separado que unido a la humanidad por la fuerza de su vocación.

## 5.2 LA CULPA DE JOSÉ K. O LOS IDEALES FALSAMENTE REALIZADOS

No sólo se elimina el camino de los ideales convirtiéndolos en absolutos e inaccesibles; hay un segundo sendero mediante el cual la eliminación es directa, es decir, no se tienen más ideales, no se aspira a nada más porque se considera que ya todo ha sido alcanzado: un puesto, un dormitorio, porte, amistades, independencia, etc., Es el caso, creo, de José K., y es por lo que va a ser uno de los personajes peor castigados de la obra de Franz Kafka: porque cree que ya lo logró todo, que su vida ha alcanzado los más altos pináculos que se exigen a un hombre común -demasiado común, demasiado poco vigilante de sí mismo hasta el punto que de la seguridad que le emana la vida sólo concibe el origen de una acusación en la calumnia propinada por quien sabe qué persona.

Ahora bien, se dirá: "pero Josef K. tiene, por ejemplo el ideal de hacer suya a la señorita Burstner". ¡Sí!. Más la obstaculización del ideal se da al prohibir todo lo que es necesario para que lo logre efectivamente. Josef K. no considera inaccesible el acceso a la señorita Burstner, ni a ninguna otra mujer. Por el contrario, la novela lo coloca en situaciones donde la amabilidad de las mujeres

descuella ante él; hasta tenemos que se le brindan indiferentemente a sus posiciones de casadas o de empleadas: la mujer del ujier, la enfermera de su abogado defensor, Leni, nada menos... Todas le dicen que es atractivo, que si así lo quisiere, ellas se irían con él. Pero K. no está muy interesado en irse a vivir con una mujer; sólo, bajo la pretensión de conseguir ayudas para su proceso, suma conquista tras conquista -pero, a la postre, haciendo a un lado su proceso. "Voy consiguiendo ayudas -se dijo bastante sorprendido-o La primera la señorita Burstner, después la mujer del ujier y por último esta joven enfermera que parece sentirse rápidamente atraída por mí"<sup>111</sup>. ¡Rápidamente, en verdad! Porque cuando llega el momento de sacarle partido a las mujeres conquistadas, se da cuenta de que no ha conquistado nada: la mujer del ujier le es arrebatada por un estudiante de leyes, sin que ésta realmente oponga resistencia, dejando a K. tirado como si no fuese el hombre que le había subyugado tanto al principio, vale recordar, hace apenas unos minutos. Pronto descubre que la amabilidad de la enfermera del abogado Huld, es extensiva a todos los que éste defiende, incluso a un sujeto más bien feo y repulsivo, el comerciante Block, quien para K. no es más que un "hombrecillo" (Yeso que este "enjuto y barbudo" hombrecillo también es bello, como todo culpable). K., desde luego, no puede ver en esta amabilidad de Leni sino lo que pasa con

---

<sup>111</sup> KAFKA. Franz, El proceso, Madrid, Edaf, 1981. pp. 174-175



respecto a él mismo; para ésto basta con mirar las ropas con que la encuentra en presencia de Block. Pero el caso es que Leni, como todo lo que concierne a esta extraña justicia, no actúa ante K. de manera distinta que como trata a cualquier acusado. Cierto que si le tiene alguna predilección, se debe a que es un procesado casi perdido. Intuimos, pues, cual es el drama de K.: lo que él cree más suyo, más personal, resulta ser lo más público. Así, su amiga Elsa, la que hace las veces de su novia, es una chica "que trabaja de noche como camarera en una taberna y que durante el día recibía en la cama a sus amigos"<sup>112</sup>. Y en verdad, lo que más cree suyo es lo que menos le pertenece, porque sencillamente no es producto de un trabajo dedicado y paciente, prometedor y con resultados: es un triunfo de momento, ocasional; una vez termina la impresión y la vida se presenta con mayor claridad. En este sentido, el capellán de la justicia le reprocha -en tono de reconvención- que confía "demasiado en los demás, y sobre todo en mujeres [.../ ¿Es que no sabes aún que no es prudente confiar en ellas?)"<sup>113</sup>. Porque, claro, ante las mujeres que aparecen sólo como señales difusas de la masa femenina (y no, por supuesto, ante la mujer definida e individual), K. aprovecha el impacto que suele surgir del destello de la primera mirada, para dejar que se tome de él un concepto agigantado, pero fortuito, debido al

---

<sup>112</sup> *Ibid.* p.54

<sup>113</sup> *Ibid.* Pp.305-306

porte, los trajes, la posición de apoderado o de hombre vilmente  
 acusado, y sin que se penetre, a su turno, en lo que en efecto el otro  
 ser es. En fin, para esto ya está deslumbrado. Ahi tanto K. como la  
 mujer de turno quedan plasmados por la maravilla que ofrece una  
 presencia que aparece casi sin historia y que precisamente atrae  
 porque aún no la conocemos. Entonces nos consideramos únicos,  
 absolutos, dioses, pero quizás con dos palabras todo el encanto se  
 habrá de desvanecer. K. vive de este tipo de situaciones ante las  
 mujeres, de la observación repentina que pueda causar, que de suyo  
 lo hace balancearse entre el hecho de llegar en un instante a la mas  
 profunda intimidad, y el de verlas para siempre lejanas y perdidas.  
 Tal vez con ésto ya se le puede acusar de algo: por lo menos sí es un  
 pecado que llama al látigo de nuestros deseos dilapidados.

De nuevo, notamos en este comportamiento el drama de un hombre  
 que se encuentra bajo los efectos de una "degradación general de la  
 vida erótica"; K. está condenado a poseer mujeres que son prostitutas  
 (Elsa), sirvientas de abogados (Leni), o mujeres que quedan muy  
 desvalorizadas, ya por el hecho de coquetear a pesar de su condición  
 de casadas (mujer del ujier), ya por ser simples secretarias (señorita  
 Burstner).

En verdad, a todas las caracteriza una ligereza bastante seductora ante los hombres, y en general sólo dejan pistas de que son difíciles; incluso la señorita Burstner, quien nunca se le ofrece a K. como hacen las restantes, pero cuya reputación es meditación hasta del mismo K.; la señora Grubach, patrona de la casa donde este hábitat se lo manifiesta al informarse que suele regresar muy tarde..." y que "... durante este mes la he visto dos veces por calles alejadas, con un acompañante distinto cada vez"<sup>114</sup>. y aunque todo esto puede ser sólo pura mojigatería de una vieja cuando K. se mete en el cuarto de la señorita para pedirle disculpas porque "la comisión investigadora" que lo visitó en la mañana no encontró mejor sitio para detenerlo que el propio cuarto de ella, K. no duda en culminar lo que han empezado sus captores: "la tornó repentinamente en sus brazos y la besó en la boca, y luego ávidamente por toda la cara, como una bestia sedienta que bebe ansiosa en el manantial"<sup>115</sup>. , ante lo cual la muchacha no da muy fuertes señales de que se haga algo que esté en contra de sus deseos, y sólo interrumpen ambos lo que han empezado por darle crédito a los temores que les inspiran los reclamos de un nuevo vecino, el capitán Lanz, sobrino de la señora Grubach, que lo sabemos realmente si dan cuenta de que sabe lo que pasa, o simplemente solicitan a golpes silencio para dormir, No se niega que

---

<sup>114</sup> *Ibíd.* p.60

<sup>115</sup> *Ibíd.* Pp.71-72

el mal hace difícil una solución, sin embargo K. en verdad, se debate con él.

A la postre, no le gusta lo que la señora Grubach dice de la señorita Burstner y menos que aquella esté calibrando con sus observaciones la conveniencia para la decencia de la pensión de que la muchacha viva ahí. K., iracundo, dando un portazo, le dice que "si su propósito es que ésta sea una pensión decente..."<sup>116</sup>, debe empezar por despedirlo a él mismo. Claro que K., el señor apoderado, sabe que no lo echar, porque le debe dinero. En fin, decente o no, le gusta la muchacha, por lo que le molesta que hablen de ella tales cosas. Sin embargo, cuando parece que se propone abandonar la pensión con la señorita Burstner, todo naufraga en dudas, debilidad, descortesía y su torpe altanería. Por un lado, al tratarla de "señorita Burstner" quiere rescatar en ella toda la pureza de una joven virgen, lo cual, pues, es una insensatez, pero, por otro lado, al llamarla así, la llama como a cualquiera de sus empleadas en el banco; luego ni siquiera es capaz de llamarla por el nombre propio, y no sabemos si lo sabe. Así, su proceso, que se inicia con un acto realmente culpabilizante, la incursión en el cuarto de la vecina, se desdibuja porque no se acepta la continuidad de esa intromisión.

---

<sup>116</sup> *Ibíd.* p.61

El paso de la señorita al nombre propio, de la mecanógrafa a la mujer. Poco a poco, K. no permite los cambios que se le ofrecen. Por ejemplo, no lucha por conseguir una nueva conversación con la joven; se resigna a la negativa que le hace ella como si no supiera que una mujer que desea ser seducida "sabe que perderá valor si no ofrece resistencia". Se rinde fácilmente. Más este rendimiento no deja una verdadera pérdida para K.: al fin y al cabo no se trata más que de una mecanógrafa. Así, cuando la señorita Burstner envía a su amiga, K. lo único que sobrepasa es que se creía que la entrevista que pedía era muy importante, importancia que tiene pero que él niega absolutamente. Ante esto, recurre a la táctica de quien habla desde su posición es suficiente para tenerla rendida a sus pies. No obstante, la rendición de la mecanógrafa no se reporta, y mientras avanza el proceso, avanza el alejamiento de ella. Al contrario, K. seduce y obtiene el rendimiento de las mujeres por lo que menos se imagina: por tener la belleza que suelen tener los culpables. Es como le dice el abogado defensor Huld: Leni encuentra en el acusado su atracción, capricho y obsesión, y por supuesto el caso de K. es el que más se atrae y por el que más se preocupa (incluso recordemos la llamada definitiva de la que se infieren las consecuencias de que ya tenga que ir a la catedral, es decir, hacer las últimas confesiones que se le permiten a un condenado a muerte), puesto que es de quien

menos se puede dudar que es un culpable sin redención, cuyo proceso no tiene perspectivas de agotarse a favor del hombre sino de su ejecución. En tal sentido, es probable, que dentro de esta extraña estética K. sea el acusado más reconocido, el más bello, ya que "el procedimiento que se le sigue /.../ de alguna forma se refleja en él"<sup>117</sup>.

De manera alguna hay una ley que diga: "debes enamorarte; no lograr dedicarse a una relación fundamental es un pecado contra este mandamiento que es el orden mismo de la vida". Nadie le está diciendo a K.: "A los 30 años es tú obligación que empieces a pensar en serio todo lo que te falta señor apoderado; quizás el puesto que tienes es mucho logro, honra a tu familia, pero tú. ¿cómo vas a resolver ese prurito por la mujer -que te ha llevado a que todo tu asunto procesal se inicie en el cuarto de una mujer y frente a una de sus blusas, ligeramente colgada en la ventana-, por tener algo que sabemos anhelas con la sed de una bestia?" Sin duda. K., al no querer comprometerse con ninguna mujer, y en general casi nada en la vida a pesar de saber lo injusto del castigo que se le propina a Franz y Willem los agentes que lo arrestaron no hace nada por evitarlo, no ha cometido una falta contra ley alguna; en cambio, está adornándolo que le falta COITO una cosa sin valor que sin su empeño se pondrá a sus pies. ¡Si! se presenta como un hombre completo

<sup>117</sup> Ibíd. p.273



pero a título de ser un extraño en cuestiones de culpabilidad. A los 30 años tiene un puesto de jerarquía, un buen sueldo, poder sobre una gran cantidad de ordenanzas, secretarias y oficiales; es el preferido del director del banco, tiene amistades como la del fiscal Hasterer; es respetado, envidiado: ha logrado pues todo lo que se espera de un hombre común: su situación es completa y cualquiera diría que a su edad sólo le falta morir. Y la burla que a provocar nuestra risa, se da al mostrarnos la construcción de la novela, cómo éste hombre no es tan completo. Ha logrado mucho, pero carece de algo sin duda más fundamental: amor, amor conquistado (ni siquiera se acuerda de su prima Erna). Por tanto no ha cometido aparentemente ninguna falta, pero le falta demasiado, y ya hemos visto que una renuncia acentuada es un índice mayor de 'culpabilidad que el cometido de "un acto punible". Pero lo grave es que a K. se le presenta el proceso para que indague su vida, y en vez de tomarlo como una ayuda,

...priva a su arresto de toda la ayuda positiva que verdaderamente está encargado de proporcionarle. No bien ha empezado su proceso y ya es causa perdida: habiéndolo abordado erróneamente desde el primer momento, lo transforma en ese PROCESSUS mórbido irreversible que poco a poco va a aislarlo de todos para terminar apartándolo de la vida<sup>118</sup>.

---

<sup>118</sup> ROBERT, M, Kafka o la soledad, op.citp. p.272

Cierto es que, ver, una de las cosas que K. debe tratar, ya que lo está condenando y lo está poniendo camino de una vida como la del solterón Blumfeld (pi9enso que éste es una especie de K. que no tuvo la oportunidad de un proceso), es la manera de relacionarse con las mujeres, con su deseo sexual. El proceso que se le brinda no duda en presentarle mujeres que se arriesgarían totalmente por él, que le ayudarían y le ofrecen el mandato de una vida independiente, con amor y riesgo. No obstante, K. reduce todo a un PROCESSUS mórbido, como un obsesivo cuya ceremonia privada se ha hecho pública, y acaba con las ventajas de su proceso, como se lo expone en el capítulo segundo el juez: de instrucción, cuando K. ha bloqueado su interrogatorio:

-Pretendo sólo -prosiguió el juez- que se percate de lo que usted mismo ha invalidado hoy, o sea, las ventajas que un interrogatorio implica siempre para el acusado<sup>119</sup>.

Así, pues, él, que se la pasa reclamando de qué es acusado, no permite siquiera el interrogatorio, invalidando la posibilidad de enterarse de lo que le pasa. Menos culpable por cometer que por omitir, al final también lo es por no manifestar respuestas a las exigencias de la vida. A diferencia del personaje de "El crimen y el

---

<sup>119</sup> KAFKA, Franz, El Proceso, op.citp. p.94.



Castigo", no rinde las cuentas, no permite el reclamo que puede dar a luz el proceso, y en tales condiciones:

Basta muy poco /.../, para que todos los actos de una vida se vuelvan contra nosotros. ¡Basta con que nos acusen! Si se cede un palmo a la acusación -y por su puesto se apoya en un hecho incuestionable- todo da vuelta y conspira contra nuestro bienestar..."<sup>120</sup>.

---

<sup>120</sup> PONTALIS, Jean, Entre el sueño y el dolor, Buenos Aires, Sudamericana, 1978. p.141

## CONCLUSIÓN

"Su vida habría podido ser mejor, si así lo hubiese querido"... parece que insinuamos en algunos apartes de estos apuntes. Incluso hay momentos donde me temo que estoy extrayendo de esta vida un elogio a la renunciación y al apostolado. No creo sin embargo que esto se mantenga cuando tratamos el caso del cazador Gracchus. Pero en el fondo se perfila en mis páginas un deseo de ver en Kafka lo que Marthe Robert denomina "el apóstol de la escritura" En todo caso es innegable que para Kafka la literatura era un mandamiento; M. Robert nos dice que era un judío cuya Biblia era Goethe. Sustitución de la religión, en verdad. El arte es nuestro nuevo reclinatorio; ante ella nos confesamos, hacemos la penitencia, y con ella lanzamos al gran Dios de una época que ha advenido sin Dios. Kafka es un emblema de estos nuevos creyentes, un hombre que como Baudelaire no descarta la oración si se trata de implorarlo a Poe. Sin embargo, tampoco se trata de implorar, si, de que mediante el orar establecemos un diálogo con otro, con un testigo, un juez, un destinatario que al perderlo el hambre en Dios, lo recupera al menos en los Diarios -extraña oración consigo mismo- o en las cartas a sus

novias.

La vida de Kafka fue esa y no otra. Muy trágica, solitaria, enferma; no creyendo en los pocos que lo aprobaban, tampoco era aprobado por aquellos pocos en que sí creía. Pero, no hay duda, él lo quiso así, y a quien nos diga que no fue la mejor vida que merecía, le contestamos que en su caso "lo mejor" era también lo que provenía de una enfermedad mortal. El sentido de lo que nos parece mejor para Kafka no significaba: lo peor podría ser un buen manantial. Si se deduce que todo pudo ser mejor, él podría decir que todo fue mejor de lo que pudo haber sido. No en balde tenemos ahí su obra, condenada por él mismo, pero no hasta el punto de entregársela a su padre para que la quemara; hizo la recomendación a alguien que jamás la quemaría. El, tan acusado, lleno de reproches, condeno su obra a medias, ya que por encima de su modestia y su culpa sabía que era lo que mejor podía representarlo. Claro está que su agudo sentimiento de culpabilidad, con toda la carga de crítica de que viene cargado, le perturbaba cualquier reconciliación -con su obra y con su vida. Siempre el agobio de que no se hizo lo que se debió hacer.

Pero el problema es que la culpa no proviene del mismo origen; en

estas páginas hemos destacado no la culpa que responde ante los jueces sino ante el tribunal del hombre mismo. En buenas palabras diríamos que hemos hablado de dos géneros de culpa, que se explican así:

Hay dos clases de ética que generan dos clases de culpa. La ética de las potencias externas con sus normas objetivas (mandamientos, prohibiciones), que pueden ser transgredidas y generan entonces una culpa hacia alguien, hacia Dios, hacia el esposo o la esposa, hacia el tendero o el arrendatario: hay en todo caso allí un acreedor y un juez.

Pero hay una ética que sólo se refiere a sí mismo; genera también una culpa pero sólo consigo mismo, porque la trasgresión aquí no es ante mandatos ni prohibiciones, sino solamente el sentimiento de no haber estado a la altura de nuestras posibilidades, de haber huido de nuestras posibilidades por cobardía y por miedo a la angustia. Como esta culpa es más grave y más corrosiva, preferimos con frecuencia proyectar en alguien -persona, institución o divinidad- el juez que secretamente somos de nosotros mismos y preferimos incluso aceptar que nos condene.

Es a este segundo género de culpa al que hemos dedicado nuestros esfuerzos porque consideramos que es la culpa a que se refiere básicamente Kafka en una obra como *El Proceso*. Kafka nos presenta pues el conflicto de un hombre ante "una ética que sólo se refiere a sí mismo". Esto es lo que hemos querido demostrar. Es decir, que Kafka sabía que no era responsable de su vida ante su padre, los judíos, los alemanes, sino ante sí mismo. Siempre lo tuvo en cuenta. y la literatura fue su manera de llevar estas cuentas.

**BIBLIOGRAFÍA**

D'UZAN, Michel, "Aperçus sur le Processus de la creation littéraire en DE L'ART A LA MORT", París, Gallimard, 1977. Traducción de Yolanda Gonzáles.

FREÍD, Sigmund, Epistolario II, Barcelona, Plaza y Janés Editor, 1971.

-----, OBRAS COMPLETAS, 3 tomos, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981.

JANOUGH, Gustavo, CONVERSACIONES CON KAFKA, Barcelona, Editorial Fontanella, 1969.

KAFKA, Franz, CARTAS A FELICE, 3 Tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1980.

KAFKA, Franz, DIARIOS (1910-1913), Barcelona, Editorial Lumen 1973.

-----, DIARIOS (1914-1923), Barcelona, Editorial Lumen  
1973.

-----, EL, Bogotá, Ediciones Alonso, 1980.

-----, EL CASTILLO, Madrid, alianza Editorial, 1980.

-----, EL PROCESO, Madrid, alianza Editorial, 1980.

-----, LA CONDENA, Madrid, Alianza Editorial, 1980.

-----, LA METAMORFOSIS, Buenos Aires, Editorial Losada,  
1970.

-----, LA MURALLA CHINA, Madrid, Alianza Editorial, 1980.

NIETZSCHE, Federico, ASÍ HABLO ZARATUSTRA, Madrid, alianza  
Editorial, 1981.

NIETZSCHE, Federico, EL OCASO DE LOS ÍDOLOS, Medellín,  
Editorial Bedout, 1980.

-----, LA GENEALOGÍA DE LA MORAL, Madrid Alianza Editorial, 1981.

POE, Edgar Allan, CUENTOS I, Madrid, Alianza Editorial, 1980.

PONTALIS, Jean, ENTRE EL SUEÑO Y EL DOLOR, Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1978.

ROBERT, Marthe, KAFKA O LA SOLEDAD, México, fondo de Cultura Económico, 1982.

ZULETA, Estanislao, "La Escritura y la Culpa", Biblioteca personal del autor.

-----, LA PROPIEDAD, EL MATRIMONIO Y LA MUERTE EN TOLSTOI, Cali, Nueva Letra, 1980.

**BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA**

ADORNO, T. W., "Apuntes sobre Kafka" en CRITICA, CULTURA Y SOCIEDAD, Barcelona, Ediciones Ariel, 1970.

BENJAMÍN, Walter, "Franz Kafka" en ANGELUS NOVAS Madrid Editorial Edhasa, 1971.

BROOD, Maxd, KAFKA, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

CANETTI, Elias, "el otro paso de Kafka" en I CONSCIENCIA DE LAS PALABRAS, México, fondo de cultura Económico, 1981.

KIERKEGAAR, Soren, EL CONCEPTO DE ANGUSTIA, Madrid, Espasa-Calpe, 1979.

-----, TEMOR Y TEMBLOR, Madrid, Editorial Nacional, 1975.

LESSER, Simon O., "La fuente de la culpa y el silencio de la culpa (El proceso de Kafka)" en PSICOANÁLISIS Y LITERATURA, México, fondo de Cultura Económico, 1975.





ROBERT, Marthe, ACERCA DE KAFKA, ACERCA DE FREID,  
Barcelona, Editorial anagrama, 1980.

-----, LO VIEJO Y LO NUEVO, caracas, Monte Avila Editores,  
1975.

SARTE, Jean Paul, "Aminadab o lo fantástico considerado como  
lenguaje" en EL HOMBRE Y LAS COSAS, Buenos Aires, Editorial  
Losada, 1908.

WAGENBACH, Kalus, KAFKA, Madrid, alianza Editorial, 1981.

ZULETA, Estanislao, TEORÍA DE FREUD AL FINAL DE SU VIDA,  
Bogotá, Editorial Latina 1978.